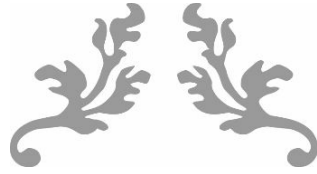




SUSANA TORRES

Molestia
PERFECTIA

ROMANCE INESPERADO
CON EL VECINO DE AL LADO



MOLESTIA PERFECTA

Romance Inesperado con el Vecino de Al Lado



Por Susana Torres

© Susana Torres 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Susana Torres.

Primera Edición.

Autora Nº1 en Erótica (España) en menos de 7 días a la venta.

Dedicado a;

Francisco, por apoyarme siempre.

Iris, por confiar en mí y estar siempre ahí.

1

Colgó el último cuadro en la pared y dio un paso atrás. Al fin, su casa estaba pronta. Solo le quedaba ese toque madrileño para sentirse en su propio espacio: en esa pared había colgado una pintura del puente de Brooklyn que le había comprado a un artista callejero y ahora, al lado, estaban Las Meninas de Velázquez, su favorito. Lo había comprado hacía cinco años, cuando dejó Madrid para mudarse a Nueva York.

Marta miró a su alrededor: los sillones, su repisa con libros de historia del arte y fotografía, la cocina integrada. Respiró profundo y soltó el aire en un suspiro. Su primer casa en La Gran Manzana.

El sueño americano al fin se divisaba al final del túnel. Todos esos años anteriores de dar tumbos a diestro y siniestro al fin mostraban un camino y esa casita en Brooklyn, con sus dos pisos y su pequeño jardín, era el universo diciéndole: “este es tu camino, Marta, sigue así”.

Hasta ese momento la vida no había sido fácil. Había abandonado Madrid y un trabajo que le gustaba muchísimo, en una galería de arte, porque necesitaba cambiar de aire, necesitaba alejarse lo más posible de su familia, de su idioma y del ex novio, Vicente, que acababa de dejarla después de confesarle que se había enamorado de la hermana de Marta.

¿Cómo podía reponerse ante tal declaración? Amaba a su hermana, Lucía, pero cada vez que la veía no podía evitar compararse a ella y llorar al reconocerse tan horrenda en comparación.

Tampoco fue que pensó en Nueva York como un escape, sino que las cosas se dieron con la sincronía perfecta que solo sucede cuando se alinean los planetas: su jefe de la galería de arte en Madrid le dijo que se iba a trabajar a La Gran Manzana como Project leader de una cuenta española en una agencia de publicidad y le preguntó si quería irse con él.

¡Sí!

En meno de un mes ya tenía las valijas prontas, sus muebles vendidos y a la familia mirándola con descreimiento. De la misma forma que nunca juntó coraje para confesarle a su familia por qué el novio la había dejado, tampoco tuvo ese coraje para explicarles el motivo por el que cruzaba el atlántico para hacer un trabajo que no le interesaba demasiado. Se despidió de sus padres y de Lucía en el aeropuerto y siguió a su jefe, Iker, hacia migraciones y, luego, al Nuevo Mundo.

Ese era un nuevo comienzo. Lejos de su familia, lejos de su hermosa hermana. Nueva York era el lugar donde todos los sueños se hacían realidad y ella depositó todas sus esperanzas en que así sucediera con los suyos.

Pero la realidad le pegó una bofetada. Nada más salir del aeropuerto, una de sus valijas fue robada y el taxista que la llevó a la dirección del apartamento donde ella alquilaría una habitación, primero la paseó por todo Manhattan, hasta que ella le dijo (con su mal inglés) que no tenía mucho dinero.

¡Y ese apartamento! Cuatro chicas compartiendo piso pero ninguna se dignaba a limpiar ni la cocina ni el baño. Con el salario de porquería que le pagaban en la agencia, a Marta no le quedaba más remedio que andar limpiando trastes y colocarse auriculares cada vez que una de sus compañeras de piso llevaba alguna cinta.

Pero no todo era malo. Su trabajo le gustaba bastante, aunque el sueldo, para el estilo de vida de Nueva York, era una porquería. Pasaba el día corriendo de arriba para abajo, pechándose con transeúntes y atravesándose al paso de los coches para poder llegar a tiempo con todos sus deberes diarios.

Iker la tenía bajo su ala, como su protegida, y aprendía mucho de él. Entonces, de a poco, entre el baño sucio de su apartamento y las largas horas de trabajo, se fue olvidando de aquel ex novio que la dejó porque se había enamorado de la hermana de Marta.

Por suerte, también duró poco como mandadera. Gracias a la presión de Iker y a que ella, en general, cumplía con las órdenes de cafés y fotocopias, pronto la ascendieron a Segunda Asistente de Producción, entonces pudo dejar ese apartamento apestoso... para mudarse a otro similar de apestoso: alquilaba una habitación en el apartamento de una anciana lituana que vivía encerrada y no le gustaba que llevara sus citas al apartamento. Marta duró dos semanas allí, porque justo en ese período de tiempo conoció a Mark.

Mark era lo más parecido al hombre perfecto que había conocido en su vida. Hacía parecer a Vicente como una hormiga al lado de un león. El ex novio que se enamoró de su hermana pronto quedó olvidado y todas sus energías se colocaron en este hombre. Mark era fotógrafo de modas, trabajaba como asistente de Mauro Tierno, el fotógrafo de las mejores ediciones de Vouge, ese fotógrafo que todas las marcas se peleaban por tener en el lanzamiento de cada temporada.

Iker había hecho buenas migas con Mauro y, gracias a esa relación, había conseguido que la agencia para la que trabajaban contratara a Mauro muy

seguido. Mark era el que organizaba el equipo: los iluministas, el que movía el ventilador (si hacía falta) y coordinaba con Marta por el resto de la producción, como las maquilladoras, peluqueras y modelos. Además de ser un fotógrafo talentosísimo, Mark era muy guapo, con su cabello rubio, un tanto más largo de lo recomendado, y esos ojos oscuros que tanto intrigaban a Marta.

A la semana de estar viviendo con la vieja lituana, Mark invitó a Marta a tomar un café para conversar sobre la siguiente sesión que se llevaría a cabo en la agencia. Marta había ido tranquila a eso que consideraba una reunión de trabajo. Pero poco hablaron de trabajo, él estaba tan interesado en la vida personal de ella: en España, en el idioma de ella, en cómo se había adaptado a la locura de Nueva York.

Y Marta también tenía preguntas, ¡miles! De fotografía, de cómo era estar con las colecciones de Dolce y Gabbana cada cambio de temporada, ¿qué se sentía trabajar para Mauro Tierno? El café se convirtió en una cena y, al final de la noche, Mark la acompañó a su apartamento... a ese al que no podía invitar a sus citas.

La vieja lituana le dio una semana más para conseguir otro lugar y mudarse.

Entonces Marta encontró su tercer morada desde que se había mudado a Nueva York. Su sueldo, que era un poco mejor, le permitió alquilarse un apartamento solo. Y ese sí que fue el sùmmum de lo más asqueroso. Al principio ni se daba cuenta del olor a comida china que subía desde el delivery de abajo (¡nunca más podría comer Wan Tun frito!).

Es que al principio todo era amor y mariposas. Mark llegaba después de trabajar, cenaban juntos y él siempre tenía alguna historia entretenida. Las largas horas que Mark pasaba trabajando no eran extrañas para Marta, que también dejaba gran parte de su día en las oficinas y talleres de la agencia. Pero, al final del día, los dos se encontraban y experimentaban Nueva York juntos.

Al menos, el Nueva York que a él le gustaba: conocían pequeños bares con música en vivo, comían platos callejeros y paseaban por exposiciones de fotografía. Ella, después de años de vivir en la ciudad, aún no conocía en MOMA, es que entre sus horarios y el dinero que siempre le era escaso. Luego comenzó a salir con Mark, a quien no le gustaba el arte moderno.

¿Cómo se iba a imaginar ella lo que estaba por venir?

¡Tan cobarde que ni siquiera fue capaz de decírselo! Había sido en el

verano anterior, mientras preparaban la campaña de moda otoño-invierno y en la agencia todos andaban a lo loco por miedo de no llegar a la fashion week.

A eso había que sumarle a las modelos, que andaban muertas de hambre y se enojaban por cualquier cosa. En esos días, Marta trabajaba entre catorce y dieciséis horas extra, así que al llegar a casa, no se fijaba ni en el olor a comida china ni en la ausencia de su novio.

Hasta que lo vio.

2

Ni siquiera lo estaba buscando a él, sino una de las fotos que sus jefes consideraban para que fuera la portada de todos los afiches de la Fashion Week de ese año. Pronto se olvidó de su cometido, cuando vio a su novio, con el pelo revuelto y la ropa arrugada, apretando contra la pared a una de las modelos (¡a la de la foto!), y la besaba como nunca había besado a Marta.

—¡Mark! —gritó ella, sin poder contenerse.

Él apenas giró la cara, antes de que la modelo la tomara para girarla a sí. Cuando Mark reaccionó, se separó de la modelo y corrió hacia Marta, intentó explicarle que había sido la modelo la que lo había engañado a él pero, ¿qué clase de mujer creería esa excusa ridícula? Marta miró sobre el hombro de su novio, la modelo también se notaba consternada. Ella, con sus piernas largas, sus rasgos etéreos y pelo rubio, igual que su hermana Lucía.

—¿Tu sabías que éramos novios? —le preguntó Marta a la modelo.

—Me dijo que habían dejado —respondió la rubia de piernas largas.

Marta se aguantó de largarse a llorar ahí mismo. También soportó de modo estoico ese llanto durante el resto de sus horas de trabajo, y durante las horas extras. Pero esa noche llegó a su pequeño apartamento y notó el olor a comida china, vio la mancha de humedad gigante en el techo y, de pronto, los caños en mal estado del baño comenzaron a fastidiarla. Y se puso a llorar. Con todas sus ganas, sus fuerzas, sacando todo lo que tenía encerrado dentro de sí.

Las siguientes semanas fueron las más duras. Tener que ver a Mark todos los días en la oficinas de la agencia, simular que no estaba tan mal. Él había ido un par de veces a su apartamento, pero nunca le planteaba volver.

Por el contrario, parecía que salía siempre en hora del trabajo. Y siempre con la modelo rubia de piernas largas. Una vez más, Marta se había parado frente al espejo para compararse con otra mujer. Ella, con sus caderas anchas y la curva de sus pechos acentuada, con su cabello oscuro y ondulado, tenía los rasgos españoles tan marcados, sus ojos redondos, profundos y la boca pronunciada, bien delineada.

Mientras que su hermana Lucía, al igual que esa modelo, tenían las piernas largas, podían comer lo que fuera que no iban a engordar, las curvas a penas si se notaban, por lo que todas las prendas les quedaban bien. Y, sobre todo, tenían una apariencia de necesitar protección constante, mientras que Marta, con ese gesto tan español heredado de su padre, podía sola contra el

mundo.

¡Y ella podía sola contra Nueva York! La ciudad no la iba a vencer.

Luego de la primer noche que pasó sin llorar por el engaño de Mark, y para tratar de combatir esa soledad, Marta se compró un gatito. Era un gato persa, de color canela y con tanto pelo que parecía un peluche.

Lo llamó como su pintor favorito, Velázquez. A veces se sentaba frente al televisor, con una cerveza y acariciaba al gato mientras pensaba que estaba por llegar a los treinta años, vivía en un apartamento de porquería, con un sueldo miserable, en una ciudad que aún se sentía extraña. Y que iba a estar soltera por siempre.

* * * *

Por suerte, a veces la vida nos sorprende. Solo unos meses después de encontrar a Mark con la modelo, Marta entró a una reunión de junta directiva en la que le dijeron que estaba siendo considerada para una promoción: Iker asumiría el cargo de Gerente de Producción y quedaba su línea vacante. Marta, como era la favorita del mentor, estaba siendo considerada por los directivos. Fue como el chute que necesitaba para dejar las penas a un lado, la cerveza del otro y comenzar a enfocarse en lo que realmente valía: su carrera.

Ya no tenía tiempo para salidas, ni para bobadas, tampoco tenía tiempo para andar adulando banalmente a quien no lo merecía. En el mes que duró la evaluación para el nombramiento del próximo Project Manager de las cuentas más grandes, Marta llegaba a su casa solo para bañarse, dormir y alimentar al gato.

Al final, todo ese sacrificio valió la pena.

Para Marta era Nueva York pidiéndole que le de otra oportunidad a la ciudad. ¡Ella sí podía vivir su Sueño Americano! Había algo grandioso esperándole al final del camino.

El puesto era para ella.

Con eso llegaban: las largas jornadas diarias, pero también los beneficios, las entradas gratis al teatro y las cenas en lugares elegantes. Con rápidos cálculos mentales, Marta pudo saber cuánto de ese dinero que le llegaría podía guardar y por cuanto tiempo, para poder comenzar una hipoteca. Solo la idea de una casita propia era lo que le daba ánimo cuando, al final del

día, volvía a su apartamento apestoso y viejo.

* * * *

Junto a su cumpleaños número treinta llegó la carta del banco aceptando su plan hipotecario para una casita encantadora que había encontrado en una calle tranquila de Brooklyn. Ah, vaya si había luz al final de ese túnel, ¡Vaya si el sueño americano se estaba por cumplir!

Con el cumpleaños número treinta también llegaron sus padres y su hermana Lucía, para festejar con ella en la gran ciudad. Era la primera vez que la visitaban en Estados Unidos, cinco años y recién en ese momento se animaban a cruzar el océano Atlántico para ver dónde era que vivía Marta.

Primero, su madre Olga se quejó del olor a comida frita que subía desde el restaurante Chino; luego, su hermana arrastró a los padres para que la llevaran de compras; por último, su padrastro consiguió cajas (del restaurante chino) para ayudarle con la mudanza. La persona de su familia a la que Marta más quería era a ese padrastro, Cesar, y ni siquiera tenía una relación sanguínea con él.

En la última noche en ese apartamento que la había visto feliz, enamorada y también totalmente devastada, Marta debía dormir en el sillón cama junto a su hermana, porque en la cama dormían sus padres. Lucía le contó todas las cosas que había comprado ese día.

—Y mientras tu y papá han estado guardando todo en esas cajas, con mamá visitamos en Metropolitan y el MOMA. ¡A cada paso mamá decía que a ti te encantaría lo que estábamos viendo! Y yo creo que sí. Es más, hubiera sido genial que estuviera ahí, con nosotras, porque no entendíamos nada. ¡Hasta que vimos a Hugh Jackman! Bueno, yo creo que era Hugh Jackman y le quería ir a pedir un autógrafo, pero mamá no quería apurar el paso y, al final, perdimos a Hugh...

Ella continuó hablando, pero Marta ya había puesto su cerebro en piloto automático. Quería a su hermana. La adoraba más a nada y a nadie. Era su pequeña bebe. ¡Pero era tan injusto que haya visitado el MOMA cuando Marta hacía cinco años que vivía en esa endemoniada ciudad y solo le había visto la fachada!

Cerró los ojos y procuró dormirse, antes de terminar más enfadada aún.

* * * *

Todo eso era parte del pasado. En cambio, en ese momento, Marta admiraba su pequeño living room mientras Velázquez andaba por el jardín. Para el gato, ese cambio de vida fue igual de importante que para ella: se lo notaba feliz, pasaba las noches afuera, paseaba por los jardines vecinos y luego volvía a dormir y comer. Para Marta, el cambio de residencia era tan positivo que no le molestaba tener que cruzar el puente todos los días para ir a trabajar.

Fue a su nueva cocina, con una línea blanca de estreno, sacó una botella de vino blanco de la heladera, sirvió una copa y salió a su pequeño jardín, con una manta. Aún estaba fresco, la primavera se divisaba a lo lejos, pero el aire de la noche no era para estar a la intemperie. A ella no podía importarle menos. Se sentó en una de sus nuevas sillas de jardín, abrigada con la manta y con Velázquez en su falda.

Entonces sí que vivía el sueño americano. Ella, en ese momento, era el ser más realizado del planeta.

3

Marta repasaba sus papeles una vez más antes de la reunión de las once. La que se suponía, la menos, que era a las once, pero la diseñadora de modas llevaba ya quince minutos de retraso.

Alexandra Cho era la siguiente gran diseñadora mundial, todos lo sabían. Mitad china, mitad estadounidense, Alexandra tenía el cuerpo fino, largo y elegante que comparten las asiáticas, además de una piel de porcelana.

Usaba su cabello negro como el azabache muy largo, lo que le daba una apariencia aún más delgada. Según Marta había leído, ella aún no llegaba a los treinta y tres años, pero ya tenía un papel muy importante dentro del imperio de la moda.

La agencia había adquirido una nueva cliente: Alexandra Cho era la siguiente diseñadora mundial, todos lo sabían, y ella había elegido esa agencia para su próxima campaña de primavera-verano.

Marta necesitaba esa cuenta, era en lo único que podía pensar desde que supo que Alexandra los había elegido a ellos. Si conseguía armar la campaña de Alexandra, entonces nadie pondría en duda su capacidad como Project Manager y la colocaría en la mira de sus superiores para un asenso.

Con esa idea en la cabeza, había pasado los últimos días estudiado la propuesta que la agencia le había hecho a Alexandra, además de su vida profesional... y también había leído algún post con cotilleos en internet.

¡Esa mujer tenía una vida de lo más interesante! Acababa de romper con su último novio rapero, después de tener un accidente de coche en Ibiza. Y, para superar la ruptura, se fue una semana de vacaciones a St. Thomas.

Noc-noc en la puerta. Marta levantó la vista de sus papeles: Camilo estaba apoyado en el marco, saludándola con una sonrisa traviesa.

—Hola belleza —le dijo y se invitó a entrar a la oficina de Marta—. ¿La reina de las telas llega tarde?

—Veinte minutos, como si no tuviera otra cosa para hacer —le respondió ella.

Camilo era su mejor amigo en Nueva York. Se habían conocido en el primer día de trabajo de Marta en esa agencia, él había corrido hacia ella, con los brazos al aire para decirle: “¡Al fin alguien más que habla español en este piso!”, se permitió darle un abrazo mientras le decía que era Argentino y, desde ese momento, se hicieron amigos.

Él era uno de los administradores, todos los sueldos, contratos y despidos pasaban por él. De hecho, fue Camilo quién le contó que Alexandra Cho era una nueva clienta. Luego tuvo que explicarle quién era Alexandra Cho, porque Marta no seguía la última tendencia de la moda.

—Si yo estuviera volviendo de mis vacaciones de ruptura de St. Thomas, ten por seguro que también llegaba tarde, boluda.

—Sí, yo también lo haría —respondió Marta—. De todas formas, me ha dado un tiempo más para poder ver otra vez sus campañas anteriores.

—¿Y qué has descubierto?

—Todas son muy coloridas. Entre el color del fondo, el de la ropa y los tonos de piel de las modelos... marean un poco.

—Mucha suerte con tu campaña arcoíris, entonces —le dijo con esa mirada pícaro que lo identificaba—. Yo debo volver a mi aburrida oficina gris y blanca.

Él la dejó sola con sus cavilaciones internas, mirando las fotografías de las campañas anteriores de Alexandra Cho.

Sin Camilo, su vida sería tan aburrida. Seguro que era uno de los motivos por los que había soportado Nueva York durante algunos de los momentos más duros de su vida. Camilo fue quién, cuando ella rompió con Mark, apareció en suapestoso apartamento con kilos de helado.

Se sentó en el sillón a su lado para mirar horas y horas de películas y series. También había sido Camilo quién le dijo que era hora de salir de ese apartamento, de maquillarse, vestirse y volver a salir. Y fue Camilo quién la acompañó a la tienda de mascotas donde compró a Velázquez.

Había algo que le hacía ruido de las campañas anteriores de Alexandra Cho y de la campaña que su agencia había propuesto para la siguiente temporada, pero aún no sabía qué era.

—Marta —la llamó su secretaria desde la puerta—, Alexandra Cho llegó. Está en la sala de juntas.

* * * *

Alexandra Cho usaba un vestido de su propia colección. Era azul, con volados en las mangas, lo que le daba un poco más de volumen a su cuerpo tan etéreo. Marta envidiaba el cabello de la diseñadora, tan lacio, tan largo. Todas

las mañanas Marta debía luchar con sus rulos para tratar de controlarlos... y todas las mañanas perdía la batalla.

Marta volvió a concentrarse en el vestido de Alexandra, en esos volados, que volvían a repetirse en la colección de primavera-verano. Recordaba haber visto una de las fotos de la campaña anterior con ese vestido, era de un material pesado, apto para el invierno, con ese tono azul que alegraba la piel de quién lo usara, además, tenía una borda con flores rojas en el bajo.

Al verlo, a Marta le había recordado un poco a los vestidos de las sevillanas, por esa combinación de colores y por el movimiento que tenía el vestido. También recordaba que, al ver las fotos de los nuevos diseños, había vuelto a pensar en su país natal.

Walter, su jefe, era quien estaba parado en una de las cabeceras de la mesa, hablando sobre la propuesta que tenía para la campaña. Él era el Team manager, tenía bajo su responsabilidad a cinco Projects leaders como Marta. Ese era el siguiente paso para ella, solo debía esperar el momento justo para demostrarle a Walter y a los demás superiores que ella podía hacerse cargo. Su única ventaja, en ese momento, era que Iker estaba de su lado, él confiaba ciegamente en ella.

Su jefe era un hombre que cuidaba mucho su aspecto físico, era un controlador innato y lo que le faltaba en creatividad, lo compensaba en saber dirigir a las personas. Marta aún podía aprender mucho de él, lo sabía. Pero, a veces, cuando Walter metía cuchara en las propuestas de los creativos, esas campañas se volvían bastante aburridas.

Iker estaba sentado a un lado de Alexandra Cho. Habían estado conversando antes de que Walter entrara a la sala de juntas y, seguro, Iker la había encantado. Él tenía ese poder con la gente. Marta se había ubicado frente a ellos, al otro lado de la mesa.

Había dejado de prestar atención a la presentación de Walter durante un momento, mientras había estudiado el vestido y la presencia de la diseñadora frente a ella. Pero, de pronto, algo que dijo su jefe la volvió a la realidad:

—Fondos de colores que contrasten con la ropa —dijo él y Marta volvió a prestar atención a la reunión—, sus prendas son tan coloridas que debemos marcar el contraste. Expresiones serias en algunas, pero alegres en otras. También, sus prendas hablan de personas divertidas, sociables, por lo que podemos tener a las modelos de a dos o de a tres, para marcar esa sociabilidad.

Marta miró a Alexandra y la vio arrugar los labios. A ella tampoco le

convencía mucho la idea, a decir verdad.

—Y para el lookbook podemos hacer una sesión fotográfica en la Quinta Avenida, con el tránsito de fondo, con poses exageradas, que acentúen las prendas.

Las ideas no estaban mal, pensó Marta, pero eran más de lo mismo. Alexandra Cho seguía arrugando los labios.

Walter terminó de hablar.

—Entiendo su visión —dijo Alexandra— porque es la misma que han tenido todos los demás.

Iker perdió el color en sus mejillas, miró a Alexandra con su mejor cara de póker, pero Marta sabía leer más allá de lo obvio cuando se trataba de él: estaba enojadísimo.

—Cambié de agencia porque pensé que aquí dejarían volar más la imaginación.

Marta sabía cuánto Iker había trabajado en esas ideas, cuánto estudio de mercado y de casos había detrás de cada palabra expuesta. ¡No podía dejar que Alexandra se fuera así! Ella necesitaba ese trabajo.

—Usted ha dicho siempre cuánto le gustaban sus campañas —se defendió Iker.

—Pero por algo me cambié de agencia —recalcó ella.

—Y nosotros lo hemos visto —se animó a decir Marta—. Usted quiere destacar y no lo va a conseguir de seguir haciendo siempre lo mismo.

—¡Claro! —dijo Alexandra levantando sus manos al cielo.

—Además, usted está comenzando a recibir distinción mundial —continuó Marta. Miró a Iker, quién le hizo una seña de aprobación, entonces se acomodó en la silla y continuó hablando—. Y hemos visto un patrón muy singular en los diseños de su siguiente temporada.

Iker tomó asiento al ver que Alexandra Cho se inclinaba hacia Marta.

Marta tomó una de las fotos de las prendas que saldrían a la venta en las siguientes semanas.

—Por ejemplo este saco que mezcla diferentes tonos en seda, seguro se puede cruzar adelante —dijo ella.

—Por supuesto.

—Pues, a mí me hace recordar a un kimono japonés. Al igual que el resto de sus prendas de gala. He visto inspiración vietnamita y muchas flores que simulan ser los cerezos en flor. Por favor, corríjame si cree que me equivoco.

Alexandra le sonrió entonces, Marta, animada por sus propias palabras y

la atención del resto del salón, se puso de pie. No llegó a notar que Walter se sentó en una silla, en la cabecera de la mesa.

—También tenemos inspiración del sur de Europa en sus prendas de cocktail y media tarde, como el vestido que está vistiendo ahora, que simula una bailarina de flamenco o sevillana.

—¡Al fin alguien se da cuenta! Querida, he estado esperando por alguien como tu. ¡Es una colección del mundo!

Iker respiró aliviado, pero Marta se sintió más llena de energía que nunca:

—¡Ya me parecía que veía algo de la pasión del tango en sus prendas para dormir!

Alexandra se puso de pie tan rápido que cada volado de su vestido acompañó al movimiento. Le daba aún más dramatismo a su cuerpo delgado y elegante. Caminó con paso firme hasta Marta, que se quedó dura, esperando una reacción por parte de la diseñadora.

—Yo quiero mundo, ¡quiero que mis prendas vean mundo! Quiero que tu —dijo señalando a Marta— te hagas cargo de mi campaña. Tu tienes claro lo que yo quiero, cuál es la visión de mi colección.

Entonces Marta respiró.

El trabajo era de ella.

No lo había imaginado de esa forma. Aún tendría que conversar con Iker para ver si era posible que un Project leader asumiera el rol de un Team manager... ¡pero Alexandra no se iba de la agencia!

4

¡Ese día se merecía una celebración!

Cuando Alexandra Cho y su equipo dejaron la sala, Walter saltó hecho una furia.

—¡Eres una metida! —le gritó— ¿Cómo vas a interrumpirme así?

Marta había quedado congelada en su lugar. Según su punto de vista, ella había salvado la relación con el cliente, ¿qué era lo que su jefe no entendía?

—¡El que no se metió lo suficiente, Walter, eres tu! Después de todo, casi perdemos un nuevo cliente porque no supiste entender sus necesidades.

—Iker, comprendo que esta chica haya llegado contigo desde el fin del mundo, pero debes reconocer que ha hablado sin permiso en una reunión muy importante.

—¿El fin del mundo, Walter? —preguntó Iker, acomodándose en su silla.

—Tu entiendes lo que quiero decir.

—Lo que entiendo —comenzó a hablar Iker, con mucha calma en su voz— es que no has preparado esta reunión y ahora estás enojado con una de tus projects leaders porque ella sí la pudo preparar.

Walter fue lo suficientemente inteligente como para guardar silencio.

—Marta está pronta para enfrentar este proyecto por su cuenta, lo ha demostrado —continuó Iker— y si tu no estás dispuesto a ayudarla en lo que necesite, pues dispondré a otra persona que lo haga por ti.

* * * *

Walter dijo que él podía ayudar a Marta y ella no le creyó ni un poquito, pero ya vería luego cómo lidiaba con su jefe. Camilo y Charlotte, sus dos amigos, enseguida que supieron de la noticia fueron a la oficina de Marta para felicitarla y avisarle que esa noche la llevarían a un bar a celebrar.

El de las ideas locas era Camilo, pero a Charlotte, a quien todos llamaban Charly, era la que siempre estaba dispuesta a salir y festejar los triunfos ajenos. Ella tenía el mismo cargo que Marta, era una Project Leader, pero en lugar de estar en el departamento de Moda, estaba en el tecnológico.

Siempre tenía el último móvil, sabía cuáles eran las tendencias que estaban

por llegar y a cuáles mejor no prestar atención, además de tener gadgets para regalarles a sus amigos cada pocos meses. De hecho, Marta cambiaba de móviles solo cuando Charly le hacía saber que tenía uno “tan viejo que seguro ya no valía ni diez dólares” y le regalaba otro.

Para estar en contacto con nerds todo el tiempo, Charly no podía ser tan opuesta al estereotipo: muy bonita con su cabello rubio, siempre usaba los labios rojos y ropa a la moda.

A las cinco los tres dejaron el edificio de oficinas en busca de un bar. Caminaron algunas cuadras, para poder tomar tranquilos, sin necesidad de encontrarse con ninguna persona de la agencia. La carrera de Marta iba en ascenso y eso se merecía algunos tequilas.

—¡Por nuestra hermosa, voluptuosa y despampanante Marta Viñas! —gritó Camilo, alzando su copa de champagne sobre la mesa.

—¡Por la dueña de la campaña mundial de Alexandra Cho! —siguió Charly.

Y Marta, que también alzó su copa, no lo podía creer.

Sus treinta años iban a ser maravillosos: su nuevo hogar, desafíos en su trabajo, ¡la colección de Alexandra Cho al alcance de su mano!

Si tan solo pudiera superar a Mark...

La imagen de su ex novio empañó la velada.

No quería volver a hablar del ex con sus amigos. Sabía que ellos la apoyaban sobre todas las cosas, pero se sentía recurrente al volver una y otra vez a mencionar cómo se sentía de herida y cómo temía no poder volver a confiar en nadie nunca más. La última vez que había tocado el tema fue cuando sus amigos viajaron a Brooklyn para conocer su nueva casita.

Charly le había dicho: “tu necesitas un fin de semana para complacerte, ve a la peluquería, cómprate ropa”. Y Marta le había hecho caso. Aún conservaba un poco de ese bronceado artificial y eso provocaba que sus enormes ojos marrones brillaran aún más. Camilo no paraba de repetir, cada vez que salía el tema, que el “imbécil” de su ex novio no la merecía, que ella estaba para algo mucho mejor.

Marta no quería volver a tocar el tema. Por un lado se sentía tranquila al saber que él ya no estaba en Nueva York: Mauro Tierno había sido contratado para algunas producciones de moda en Italia, por lo que ella podía respirar, en lugar de andar con miedo por toda la ciudad temiendo encontrarlo en la siguiente esquina.

Cuando llegó el sábado, Marta aprovechó para dormir hasta muy tarde. Habían sido largos días en la oficina. Desde que Alexandra Cho la había elegido públicamente, su jefe no había dejado de atosigarla con trabajo innecesario, o dándole tareas que no le correspondían al cargo. Cuando Marta intentó explicarle que esas no eran sus tareas, Walter le dijo: “parece que eres brillante y que estás muy preparada para todo, así que puedes solita, Marta”.

Hacia el jueves, Marta temblaba de la rabia que le ocasionaba ese señor cada vez que tocaba la puerta de su oficina con otra tarea imposible de cumplir. Pero se recordaba constantemente (y, cuando ella no lo conseguía, entonces era Camilo quién se lo recordaba) que esa campaña primavera-verano para Alenxadra Cho sería el mayor paso de su carrera.

Así que el sábado quitó la alarma y, cuando despertó, quedó retozando en sus sábanas un rato más.

Era un bonito día de invierno, de esos que avisan que la primavera está llegando. El sol se colaba por la ventana, calentando sus sábanas, haciéndola sentir aún más perezosa. Velázquez ronroneaba a los pies de su cama, ella no sabía cuándo fue que el gato volvió a la casa, últimamente tenía la costumbre de pasar toda la noche afuera, visitando los jardines de los vecinos.

El cambio de casa a una con jardín había sido una mejora en la calidad de vida de los dos.

Al final del día laboral, el viernes, había salido a tomar algo con Camilo y Charly, para aflojar las tensiones, para dejar a su jefe en la oficina. Pero eso no había funcionado. Charly le recomendó que volviera a la cama de bronceado, “después de todo”, le dijo, “cuando te ves bien, te sentís bien”. Pero ese sábado... quizás había sol suficiente como para ponerse su traje de baño y aprovechar su jardín.

Salió de la cama muy despacio, debía hurgar entre su ropa de verano para encontrar ese traje de baño. Esas prendas aún estaban en las cajas de la mudanza... entre el loquero que era su vida gracias a su familia durante la mudanza y las exigencias de su trabajo, había dejado la ropa que aún no usaba para después.

En ese momento, el traje de baño que ella buscaba estaba al final de una de las cajas, dentro de su armario. Rompió la cinta que la cerraba y metió sus manos, intentando sentir la tela del traje de baño. Movié su ropa para un lado

y para el otro de la caja, hasta que sintió algo que se sentía como la licra, pero al tirar de esa prenda hacia arriba... era su traje de baño viejo.

Había ganado un par de kilos extra desde su ruptura con Mark, por lo que había tenido que comprar otro traje de baño el verano anterior. Ese, que tenía en sus manos, le quedaba demasiado pequeño: sus caderas y su cola habían crecido tanto que se sentía incómoda mostrándose en público con una bikini tan pequeña. Igual, se dijo, solo iba a estar en el jardín de su casa, no era como que iba a hacer una aparición pública...

Con las pocas ganas que tenía de seguir hurgando en esa caja, se puso su traje de baño pequeño, la bata y bajó a prepararse el desayuno.

Velázquez bajó las escaleras con ella. Cada tanto se refregaba contra las piernas de Marta, mientras ella preparaba su café para desayunar. Y luego, salieron juntos al jardín.

A Marta le llamó la atención el movimiento que había en la casa de al lado. Desde que ella fue a visitar su casa con la chica de la inmobiliaria, la vivienda de al lado estaba a la venta. La de la inmobiliaria la llevó a ver esa otra casa también, solo que se salía del presupuesto de Marta, al tener dos habitaciones y dos baños, era mucho más costosa de lo que Marta podía pagar en ese momento.

Sabía que estaban teniendo problemas para ubicar esa propiedad, pero no era algo que a Marta le preocupara, de hecho, se sentía tranquila al no tener vecinos pegados: podía escuchar música a todo volumen si quería, pero no tenía que soportar que otras personas la obligaran a escuchar su música.

Además, el cerco que dividía su jardín del jardín vecino era de madera, bajo, que en la primavera se cubría de plantas y flores, pero esas aún no estaban crecidas, entonces, el hecho de no tener vecinos le daba aún más privacidad a Marta.

Ella se quitó la bata y se recostó en una de sus sillas de jardín, con la taza de café en sus manos y Velázquez a sus pies. Era un hermoso día, el sol a penas si llegaba a calentar, pero era justo lo que ella necesitaba: un momento de estar en su jardín, tranquila, absorbiendo la energía del sol.

Se sentía tan en paz con ella misma, que los ruidos de la casa de al lado no la molestaban. Se olvidó de su jefe, de Alexandra Cho, del tránsito de Manhattan. En ese momento era ella, el sol y su café.

De pronto, Velázquez salió corriendo entre sus piernas, trepó el cerco y saltó a la casa del vecino.

—¡Velázquez, vuelve aquí! —le gritó.

Marta dejó el café sobre la mesa y se puso de pie.

—¡Velázquez!

Corrió hasta la cerca, aún llamando a su gato. No lograba verlo en la casa vecina. De reojo vio que la parte de arriba de su traje de baño se había corrido y la mitad de sus pechos estaban al aire. Había notado que sus caderas habían crecido después de romper con Mark, ¡pero sus pechos también!

Se sentía enorme, gigante. Arregló esa parte del traje de baño y volvió la vista a la casa del vecino. La puerta que daba de la cocina al jardín estaba abierta y, Marta estaba segura, su gato se había metido por allí.

—¡Velázquez ven aquí!

Entonces, un hombre salió por esa puerta.

Marta quedó estática. Ese no podía ser su nuevo vecino.

El hombre, que solo tenía un vaquero gastado y zapatos de trabajo, caminó hasta la cerca con Velázquez en una mano. Marta no podía reaccionar: miraba los abdominales perfectamente marcados de ese hombre, su cabello oscuro y enrulado, su barba de pocos días... tenía ojos oscuros y las cejas gruesas, lo que le daban una mirada más profunda.

—¿Velázquez? —preguntó el hombre señalando al gato—. ¿Eres española?

Marta sabía que debía responderle. ¡Era una pregunta fácil! Pero las palabras se habían escondido en algún rincón de su cabeza...

—Velázquez es el apellido de un gran pintor español —continuó hablando él, aún en inglés.

—Sí, soy española. De Madrid. Y Velázquez es uno de mis artistas favoritos —dijo ella, al fin.

—¡Mira tu! Yo nací en Valencia. Mi madre es valenciana. Viví en España toda mi niñez. ¿Y vives aquí?

—Sí —respondió Marta.

El hombre le sonrió. Tenía una sonrisa perfecta, pareja y de dientes blancos. Las marquitas que se armaban alrededor de sus ojos le daban un aire de madurez muy sensual.

—¡Pues, vaya! Somos vecinos. Yo soy Marcos —le dijo extendiendo su mano libre, en la otra, Velázquez se había hecho un ovillo.

—Yo soy Marta —respondió ella, tomando la mano de él.

De pronto, ella fue consciente de lo que tenía puesto: su traje de baño tan pequeño. ¡Seguramente sus pechos estaban escapándose otra vez! ¡Y su cuerpo! Aún no estaba para ser visto por nadie, ¡y menos aún por alguien con

los abdominales de Marcos!

Marcos le retiró la mano más ligero de lo recomendado, pensó ella, y se la pasó por su cabello oscuro antes de decir:

—¡Qué casualidad la vida! Somos los dos españoles y nos venimos a comprar casas linderas en Nueva York, es de no creer.

Él le sonreía con esfuerzo, le miraba a los ojos con un gesto serio, tanto que sus cejas parecían encontrarse en el medio.

—¿Tu te estas mudando aquí? —preguntó ella.

—Sí, hoy mismo. Es una casa bonita. Le hacen falta algunos arreglos, pero ya veré de solucionarlo.

Marta miró hacia su silla, donde había quedado la bata... se sentía expuesta y, seguramente, su rostro estaba rojo de vergüenza. Encorvó su espalda y cruzó sus brazos en el pecho de modo instintivo, como para cubrir sus pechos un poco.

Marcos cambió su rostro serio por uno aún peor, sus cejas aún se juntaban en el medio, pero ahora su nariz estaba un poco arrugada. Aún miraba a Marta a la cara, pero parecía que tenía otras cosas mejores que hacer, más que hablar con Marta sobre la cerca...

—Disculpa por el gato, se ha acostumbrado a ir y venir como le plazca.

—No es molestia, me gustan mucho los animales. No lo regañes, por favor —le dijo mientras le pasaba a Velázquez por encima del cerco, e intentaba sonreírle.

Marta lo sostuvo en sus manos, le sonrió a Marcos (con muy poca naturalidad, estaba segura) y dio media vuelta. Su misión era entrar a la casa, ¡a la bata ya la recogería después! Pero, entonces, Marcos la llamó:

—¡Marta! —gritó él, al girar, ella vio que su rostro ya no estaba tenso—, no castigues al pobre gato. Déjalo que ande libre.

Marta había quedado con una pierna sobre el escalón de entrada a su cocina, de espaldas a él, solo con medio cuerpo girado hacia Marcos, estaba utilizando a Velázquez para cubrir su parte delantera, ¡sentía tanta vergüenza! Le sonrió antes de seguir la carrera hasta la privacidad de su hogar.

6

Durante el resto del día Marta se convenció de que no tenía ganas de salir. El solcito del otoño, se decía, no le llamaba para nada la atención. ¡Con todo lo que podía hacer dentro de la casa ese sábado!

Era su día de paz, se merecía estar acostada en su cómodo sillón, mirando maratones de series todo el día, ¿por qué no? Después de correr toda la semana para arriba y para abajo, no le sonaba tan loco querer estar tranquila, en su casa.

Obvio que no tenía nada que ver con que su vecino.

* * * *

Aún conservaba algunos vestidos de cuando recién comenzaba a salir con Mark. Ella se había puesto muy estricta con sus comidas y con su rutina de ejercicio; estaba atravesando un momento de mucho estrés en su trabajo e ir al gimnasio cada mañana le ayudaba a liberar las energías negativas y afrontar cada día de la mejor manera. Entonces, sus caderas y sus pechos se encontraban en un momento estupendo cuando comenzó a salir con el fotógrafo.

Se probó uno de esos vestidos. Le cerraba y, si bien quedaba ceñido en ciertas partes, aún le quedaba bonito. Ella nunca había tenido problemas con su cuerpo hasta que su madre comenzó a mencionar que debía cuidar sus caderas, que seguro no conseguiría pantalones y que ¿por qué no podía estar a la moda, como su hermana? Entonces fue cuando Marta comenzó a observar más sus curvas.

Que comparan su cuerpo con el de su hermana era lo más injusto, después de todo, Lucía no tenía ninguna curva. Sin embargo, la única que no se daba cuenta de la diferencia entre los cuerpos de sus hijas, era la madre.

Es más, a Marta le tomó varios años caer en la cuenta de que sus curvas no tenían nada de malo... incluso tuvo que mudarse a Nueva York y comenzar a trabajar en moda (¡qué ironía!) para comenzar a apreciar sus curvas. A veces se decía, a modo de chiste, que al estar lejos de su familia obraba maravillas. A veces se lo decía, pero no a modo de chiste.

Sin embargo, y a pesar de que se había amigado con sus caderas, después de Vicente y después de Mark, sabía muy bien qué tipo de hombre no era para ella: Marcos. El típico guapo que pasaba sus horas libres en el gimnasio y que tenía una legión de mujeres persiguiéndolo. Marta no tenía intenciones de volver a ser abandonada por otra modelillo indefensa, por lo tanto, sabía lo que debía hacer: huir de los hombres como Marcos.

Volvió a admirar su cuerpo en el espejo. Debía dejar de comer pop tarts...

* * * *

Al caer el sol Marta sentía que ese divino día de sábado había sido un desperdicio. Un hermoso jardín que, justo cuando comenzaba a poder disfrutarlo... prefería no asomar la nariz. Se preparó un té de jengibre mientras terminaba de separar la ropa de verano de la de invierno.

Hasta que se le dio por admirar el sol que se escondía entre los edificios vecinos. El cielo se había pintado de tonos violáceos y naranjas, daba la sensación de paz, de armonía. Y su té de jengibre solo podía ayudar a que ella olvidara los percances y las cavilaciones del día.

Hasta que bajó la mirada.

Marcos estaba en el jardín de su casa. Aún seguía con sus vaqueros gastados. Estaba sentado en una máquina de hacer remo, empujando con las piernas y tirando con las manos. Cada vez que se impulsaba hacia delante, los músculos de su abdomen se tensaban y Marta sentía cosquillas.

La cara de esfuerzo de Marcos era la misma con la que había mirado a Marta esa mañana, con las cejas casi juntas y la nariz arrugada. Marta podía seguir apoyada en su ventana toda la noche admirando como ese hombre hacía ejercicio...

Pero entonces él miró hacia su ventana. Y le sonrió.

Ella pegó un saltito y se fue de allí.

—Vale, Marta, a lo que te incumbe... —se dijo y quitó a Marcos, a sus abdominales y a su nariz arrugada de la mente.

* * * *

Al domingo Marta lo pasó en Manhattan. Había quedado de tomar un brunch con Camilo y Charly. Siempre era bueno estar con ellos, abusando de las mimosas. Camilo les contó del DJ que se había llevado a su casa la noche anterior y, como siempre, fue muy explícito con todos los detalles.

Después de tantos años, para Charly y para Marta, pedirle que no sea tan detallista era más una obligación que una esperanza de que sucediera. Luego Charly contó sobre su cita y, de a poco, Marta fue liberando su cabeza, dejando a su vecino al otro lado del puente.

—Marta, te ves muy bonita hoy, por cierto —le dijo Camilo—. Esa camisa justa te queda como anillo a dedo.

—¿Te parece?, ¿no está muy justa?

Se había animado a usar una de las camisas que había archivado al pelearse con Mark. Era de líneas muy finitas, rojas y blancas, con la cintura ceñida, lo que marcaba perfectamente su cuerpo de reloj de arena. Además, esa mañana se había arreglado sus bucles antes de salir de casa... después de pasar todo el sábado encerrada, sentía que necesitaba desquitarse el domingo sintiéndose bonita.

—No, linda, ese es el tipo de prendas que tendrías que usar para volver a ser vos. ¡Supera al idiota de Mark de una vez! Él nunca te mereció. Y vestida así parece que estás pronta para la guerra otra vez.

¡Pronta para la guerra! Esa expresión solo podía salir de la boca de alguien como Camilo... ella no estaba “pronta para la guerra”, probablemente nunca lo estaría. Ella solo se fijaba en tipos que se enamorarían de una mujer con el cuerpo de una sílfide, con aspecto débil, que necesitaran protección.

Ese era el tipo de mujer que los hombres buscaban y ella era todo lo contrario: ella se había mudado a otro continente, había triunfado en otra ciudad, sola. Ella no necesitaba protección. Aunque eso no quería decir que no necesitara amor.

Pero ese era un tema para otro momento. Ese domingo Marta se había vestido bonita para ella, porque ella quería mirarse al espejo y sentirse bien con ella misma. No había sido para conquistar a nadie.

A ese momento tampoco se sentía enamorada de Mark, era algo ya superado. Pero dudaba que pudiera volver a enamorarse sin morirse de miedo que volvieran a engañarla con el mismo estereotipo de mujer. Camilo le había dicho una noche, cuando aún vivía en su pequeño apartamento con olor a comida china frita, que ella era una Sophia Loren en un mundo de lleno de

Grace Kelly.

No podía cambiar el hecho de que su piel era más oscura, sus caderas más anchas y sus pechos eran abundantes... pero sí podía cambiar sus expectativas: desde que Mark la había dejado ella se había negado a flirtear y no había vuelto a salir en una cita. A partir de ese momento, su trabajo fue su primera y última prioridad en su vida.

Tan buena había sido esa decisión, que en ese momento pasaba sus días entre las prendas de Alexandra Cho, con asistentes que le llevaban café, buscando referencias de colores y texturas para crear una nueva campaña que sería lanzada a nivel mundial. Su vida no podía ir mejor. No, no podía... debía luchar con el ego herido de Walter, pero por suerte ella sabía poner cara de mala y defenderse sola.

El lunes volvió a su casa muy tarde. Su equipo se había quedado horas extras para terminar de preparar la campaña. La próxima reunión con la diseñadora sería la siguiente semana y, Marta sabía, les faltaba muchísimo antes de poder tener un producto de calidad para ofrecer.

En el tren de camino a casa fue pensando que debería volver al gimnasio, para gastar las energías y canalizar el estrés de buena manera. O buscar alguna forma de ejercicio físico para que eso sucediera...

Tan concentrada iba en sus cavilaciones que no notó la persona que estaba parada en la puerta de su casa.

Era Marcos.

—Hola, Marta —le dijo, sonriéndole.

—Hola —respondió ella, intentando recuperarse de su sorpresa.

—¿Recién vuelves del trabajo? Es bastante tarde.

Marta pensó en el aspecto que tendría: seguramente su rímel ya estaba corrido a esa hora y venía de un viaje en tren donde no prestó ni un mínimo de atención a sus rulos. ¡Seguro se veía fatal!

En cambio él tenía su cabello en perfectas condiciones, despeinado con mucho cuidado, y su barba de días le daba un aspecto un tanto salvaje, que le iba perfecto con su camiseta blanca, que se ajustaba a su cuerpo. Parecía que Marcos había salido de su casa sin prestarle atención a su apariencia y, aún así, se veía estupendo. Marta podía notar como los dedos le picaban por tocar esos abdominales que se marcaba a través de la remera...

—Horas extras, sí. Estoy con una campaña grande.

—Ah bueno, espero que no sea siempre así-

—¡Yo también! —le dijo ella, con una carcajada— Es que es mi primer trabajo como Jefe de proyecto y quiero que salga bien.

—Pues mira, yo venía a ofrecerte un vino de La Rioja que tengo guardado desde hace unos años, pero creo que mejor te das un baño y te acuestas a

dormir. ¿Qué te parece si dejamos ese vino para el viernes?

Marta, esta vez, demoró un segundo más en reaccionar. Él la miró con los ojos muy abiertos antes de preguntar:

—Te gusta el vino, ¿verdad?

—Me encanta el vino. El viernes sí, perfecto.

—Y podríamos hacer una paella para acompañar, ¿qué dices? Para sentirnos como en casa. No quiero parecer soberbio, pero hago unas paellas deliciosas.

—Paella y vino suena perfecto —le dijo ella, aún sintiendo que reaccionaba lento.

—Perfecto entonces. No trabajes mucho, ¿sí? Y cuídate.

Marcos le dedicó una última sonrisa antes de bajar los escalones de la casa de Marta para luego subir los que llevaban al a casa de él.

Ella se quedó dura en la puerta, con las llaves en la mano.

¿Le había dicho que sí?

¡Le había dicho que sí!

¿A quién se le ocurre decirle que sí?

¡Ese hombre no podía ser su vecino! Ese espécimen perfecto de hombre debería estar viviendo en un pent-house de Manhattan o en una casa en la costa de los Hampton, no en su pequeño barrio de Brooklyn. Era perfecto, sus abdominales, su sonrisa, su tono de voz. ¡Y le gustaban los animales! Y el vino...

¡Si llegaba a ser verdad que cocinaba bien, entonces Marta tendría problemas!

Podía simplemente ir a cenar con un vecino, se dijo mientras entraba a su casa. Eran los dos españoles, quizás él solo quería conversar de recuerdos de la infancia que tendrían en común, como programas de televisión o canciones que se escuchaban en aquella época. Que él fuera tan endemoniadamente atractivo no era su culpa y Marta debería controlar las ganas que le daban de tocarlo si pretendía cenar con él.

Dejó la cartera y el abrigo sobre la mesa, para luego subir las escaleras al baño. Había sido un día muy largo en la oficina, ella se merecía un baño de espumas con los aromas de frutos rojos que había comprado para usar con Mark...

Mientras la bañera se llenaba ella fue dejando la ropa de trabajo en el cesto de la ropa sucia y estiró su ropa de noche sobre la cama.

Quizás podría atenerse a una rutina de ejercicios esa semana, tenía un

vestido negro que se usaba al cuerpo y que era muy hermoso. Lo había comprado para una cita que nunca se concretó y desde entonces había quedado en su armario.

El vestido era tan ajustado que, probablemente, en ese momento marcaba sus caderas y pechos un poco de más, pero si cuidaba lo que comía y se preocupaba por hacer ejercicio, seguramente para el viernes no le quedaría tan mal.

No era que quisiera conquistar a Marcos, sabía que estaba muy por afuera de su liga. Él nada más quería cenar con una vecina. Marcos era el típico hombre que se fijaría en su hermana Lucía, en una mujer como Grace Kelly. Justo lo opuesto a lo que era ella.

Pero, de todas formas, podía darle un intento a ese vestido negro...

* * * *

Charly la invitó a almorzar el martes al mediodía. Marta aceptó la invitación, pero le explicó que solo podía comer ensalada.

—¿Tienes una cita caliente?

—No, solo voy a cenar con mi vecino —le dijo

—¿Y ese vecino es caliente?

Marta le sonrió... ¡si lo viera!

—¡Camilo! —gritó Charly a través de la puerta de la oficina de Marta. —
¡Camilo, Marta tiene una cita caliente!

En menos de lo que el reloj demoró en marcar un segundo, allí estaba él, con su camisa de sastre y su corbata de Hermes, parado en el marco de la puerta.

—¿Cómo es eso? ¡Yo te dije que estaba pronta para la guerra! ¡Cuenta ya, Marta!

—¡No tengo una cita! —se defendió ella.

—¡Vamos ya a comer y nos cuentas! —ordenó él.

Fueron a un restaurante de comida vietnamita que quedaba a pocas cuadras de las oficinas de la agencia. Era un lugar al que concurrían cuando tenían poco tiempo para comer y querían conversar sin muchas personas de la oficina alrededor.

Ese lugar, además, tenía comida exquisita. Marta fue todo el camino

diciendo y replicando que no tenía ninguna cita caliente, que era solo su vecino. Pero entonces se sentaron en una mesa reservada y Charly se inclinó hacia Marta:

—¿Y está fuerte ese vecinito?

Entonces la cara la delató.

Camilo comenzó a bromear sobre la expresión en el rostro de Marta, Charly exigía más detalles. Marta ya no sabía de qué forma explicarles que ¡no era una cita!

—Es español, ha dicho que es una gran casualidad que seamos vecinos y que tiene un vino de La Rioja, nada más. No es una cita, es solo una persona que se acaba de mudar al vecindario.

—Una persona muy guapa que se acaba de mudar al vecindario.

—Es muy guapo, es verdad. Es muy guapo. Por eso sé perfectamente que no es una cita.

—¡No seas tonta, Marta! ¡Te ha invitado a tomar un vino de La Rioja!

—Que probablemente ha comprado en el supermercado —acató ella.

—Siempre tan cínica —dijo Camilo a medida que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Martita, tu ponte linda y ve —le dijo Charly—, ¿total?

—Ay, chicos, por favor —habló Marta—. Cando les digo que es muy guapo, es guapo de telenovela, no un modelucho bien depilado. Es muy guapo y la gente como él simplemente no se fija en mujeres como yo.

Y, aunque se repetía ese verso una y otra vez, no podía dejar de preocuparse por cómo le quedaría el vestido negro que quería ponerse.

8

Con treinta años y tantas desilusiones amorosas ya tendría que estar curada del amor. Ya tendría que saber cuál era su público objetivo y a qué tipos de hombre ella nunca iba a atraer. Sin embargo, se veía cayendo siempre con el mismo tipo de hombre: exactamente igual a su vecino.

Todas las noches de esa semana llegó a su casa demasiado tarde. Solo le daba la energía para alimentar a Velázquez, ducharse y acostarse a dormir. Pero era entonces, cuando estaba cómoda entre sus sábanas, que se preguntaba si Marcos estaría acostado en su cama también, a solo una pared de distancia... tan cerca de él, descansando, despreocupado.

Cada mañana Marta se despertaba tensa y más cansada aún. Seguramente dormía pensando en el sueño tranquilo de Marcos. Así, entre los días de mucha actividad y las noches de preguntas retóricas, llegó el jueves de noche.

Ella, una vez más, volvía agotadísima a su casa, solo que había aprendido a controlar el estado de su cabello antes de salir de la estación de metro, no fuera a ser cosa que volviera a encontrarse con Marcos.

Ese jueves, igual, no se encontró con él, sino con una nota que había mandado por debajo de la puerta:

“Hola Marta! Solo para recordarte que mañana te espero en mi casa. Que duermas bien”.

Las rodillas la traicionaron.

¿Cómo iba a olvidar que tenía una cena pendiente con él? ¡A quién se le ocurriría olvidarlo!

Esa noche Marta decidió que su cuerpo, más que una ducha, necesitaba un baño. Entonces llenó la bañera, puso sales y burbujas, se aseguró de poner una lista de reproducción acorde y entró al agua.

De a poco, todas las preocupaciones de la semana fueron quedando atrás: lo poco que había comido para que le entrara ese vestido, las caminatas matutinas con Camilo por Central Park, sus cavilaciones nocturnas, la colección de Alexandra Cho... todo fue quedando atrás, con una burbuja que explotaba detrás de la otra. ¡Ese era su tan merecido momento!

Y, de pronto, comenzó a pensar en la siguiente noche. En la sonrisa de Marcos, en su forma de hablar... la esponja se resbaló de sus manos. Hacía meses que no se sentía tan atraída por alguien.

Hacía meses había decidido renunciar a la idea de volver a estar con un

hombre, se sentía más fácil eso que superar otra relación fallida. Pero en ese momento, sumergida en su baño de espuma, dejando que la música la relajara, si preguntó si Marcos sería la excepción.

¡Qué tonta, Marta!

Solo había que mirar a Marcos para saber que no era la excepción de nada.

Salió de la bañera de un salto, dejando todos los pensamientos cálidos en el agua. ¡Vamos! Que meterse con Marcos solo sería para sufrir otra vez.

Se secó, se puso su pijama y de ahí a la cama... a intentar no imaginar a su vecino, desnudo, durmiendo del otro lado de la pared.

9

Antes de irse a trabajar sacó el vestido negro del armario. Pensó en probárselo, pero se negó a la idea: usaría ese vestido porque era bonito y lo quería estrenar, por nada más. Durante el resto del día intentó concentrarse en lo que era realmente importante, su trabajo.

Para eso tuvo que esquivar a sus dos amigos durante todo el día, de otra forma, su cabeza rondaría por Brooklyn, por su vestido negro y por un vino de La Rioja. Ella de verdad no quería volver a sufrir por amor. Por lo tanto, debía evitar a sus amigos que le decían que todo era posible.

Igual, en su hora del almuerzo fue a La Perla por ropa interior. Procuró conseguir algo que fuera perfecto con su vestido negro y la vendedora le mostró un body negro, transparente, con flores rojas que justo tapaban las zonas privadas.

Le quedaba muy bien a su cuerpo con tanta curva, admitió mientras se miraba al espejo. Sus pechos quedaban juntos y apretados, a la vez la prenda quedaba perfecto en la curva de su trasero. Era justo lo que necesitaba para animarse a usar su vestido esa noche.

El resto de la tarde escondió ese body en el fondo de un cajón, si Camilo lo llegaba a encontrar, entonces las bromas y las palabras con doble sentido la harían dudar a ella misma sobre sus intenciones de esa noche.

* * * *

Cuando llegó a su casa, Velázquez no aparecía por ningún lado. En general, el gato salía a pasear por el barrio durante el día, pero siempre estaba para darle la bienvenida. Le pareció extraño. De todas formas, le puso comida en el plato antes de ir a bañarse. Extendió el body en su cama, junto al vestido.

Era la primera vez que cenaría con un hombre desde que Mark la había dejado, ¿cómo podía no sentirse entusiasmada con esa idea?, se preguntó. Además, su vecino Valenciano era tan guapo... si, además, sabía cocinar, entonces Marta iba a estar en grandes problemas.

Soltó su cabello, se maquilló con un labial llamativo que sus amigos le habían regalado hacía años, pero que pocas veces se había animado a usar, y

luego se puso el body y el vestido negro.

Al mirarse al espejo notó que comer ensaladas durante toda la semana de poco había servido, porque ese vestido aún marcaba exageradamente cada una de sus curvas. Al menos el body mantenía sus pechos quietos.

Ya era tarde para cambiar de opinión: ella quería usar ese vestido. Lo hacía por ella misma.

—Vamos, Marta, ¿a quién quieres engañar? Si Marcos no se fijaría en ti ni aunque le desfilaras desnuda —se dijo, mirándose al espejo.

La consiga de esa noche era disfrutarla: cenar, conversar, tomar el vino de La Rioja que él había prometido. Y luego volvería a su casa, a dormir con su gato.

* * * *

Cerró la puerta de su casa sintiéndose un poco ridícula. ¿Por qué justo ese día se animaba a ponerse sus Manolos cuando nunca usaba tacos tan altos?, y ese labial que marcaba tanto más sus labios gruesos...

Sin embargo, esos zapatos eran un sueño.

Tocó timbre en la casa de Marcos y esperó, intentando controlar el pulso. Se escuchaba música desde adentro de la casa. Era instrumental, una mezcla de jazz y rock. “Por favor”, pensó Marta, “que no cocine bien”.

Marcos abrió la puerta y le sonrió.

—Has llegado justo a tiempo —le dijo él.

En una de sus manos, contra el pecho, estaba Velázquez.

—Ese es mi gato —le dijo ella.

—Pues, me parece que vamos a compartir la custodia, porque ha pasado la tarde conmigo. Pasa.

Ella dio un paso y pasó el umbral de la puerta.

—¡Qué vergüenza, Marcos! Lo siento.

—No pasa nada, en realidad me ha hecho compañía. Y me ha ayudado a cocinar. Qué bonito vestido —le dijo él.

Marta le sonrió.

Ella miró a su alrededor. La casa era igual a la suya, pero la decoración era muy diferente. Era mucho más minimalistas, tenía algunos cuadros muy modernos, de líneas rectas colgados, pero más que nada, habían fotografías

encuadradas por todas partes. Eran fotos de diferentes partes del mundo: la Gran Muralla, la Torre Eiffel, el Big Ben de noche, el Taj Mahal... también había fotos de personas de diferentes etnias y con vestidos típicos de lugares exóticos.

Marta giró en sus talones para quedar frente a él. Y contuvo la respiración. Marcos la estaba mirando con una intensidad tan grande que ella olvidó sus palabras.

—Las fotografías —dijo al fin— ¿son tuyas?

—Todas —respondió él. Marcos se obligó a sonreír. Dejó a Velázquez sobre un sillón y caminó hacia la cocina.

—¿Has viajado por el mundo! —le dijo ella, con una expresión de sorpresa casi infantil en su rostro.

—Sí, lo he hecho. Primero con mis padres. Mi padre era diplomático. Luego por mi cuenta. La cena casi está pronta.

Ella lo siguió a la cocina, sintiéndose muy intrigada con la historia de vida de su vecino.

—¿Has trabajado en estos lugares?

—En algunos. En Nepal fui voluntario en una ONG que construye casas para personas sin hogar. Soy arquitecto, no sé si sabías.

—No —dijo ella mientras tomaba asiento en una de los bancos que estaban a un lado de la barra que dividía la cocina del living.

—Bueno, sí. Estudié aquí, luego hice una maestría en Yale —a Marta se le resbaló un taco, ¡por favor, que cocine mal!, rogó —y después decidió que el mundo era muy grande para quedarme en un solo lugar.

Ella se sentía incapaz de hablar.

Marcos abría puertas, sacaba platos y vasos, los colocaba en la barra, volvía a la mesada para sacar cubiertos de un cajón, luego volvía a la barra. Se movía como un hombre normal, pero había ido a Yale, había recorrido el mundo y tenía una sonrisa de dios griego. A Marta no la engañaba, ese tipo no era humano.

—¿Entonces te fuiste a Nepal?

—Bueno, no. Primero fui a España, de ahí me uní en una ONG que trabajaba en el Norte de África, son esas fotos que están sobre la biblioteca —le señaló el lugar—. Después fui a India y de ahí a Nepal. En la universidad aprendí muchísimo, pero en esos lugares... fueron una escuela muy diferente. Sistemas de iluminación que jamás hubiera imaginado, mezclas de elementos que no conocía. Te debo de estar aburriendo con estos detalles...

—No, no. Para nada —se apuró a decir ella.

—Después viajé por otras partes de Asia, hasta que en Camboya conocí a un francés que estaba buscando invertir en la zona y me quedé trabajando para él, construyendo un condominio vacacional. Mientras tanto seguía siendo voluntario en esta ONG, pero en Camboya no construían casas, sino que intentaban mejorar la calidad de vida de las personas del área en la que yo estaba.

¡Ay, Dios, que cocine mal!

—¿Cuánto tiempo estuviste viajando así?

—Unos cinco años. Iba y venía, mi madre se preocupa cuando no sabe de mí por mucho tiempo. Ya sabes como son las españolas —le dijo mirándola, sonriendo.

Marta sonrió. Su propia madre era igual, solía llamarla al menos una vez por semana y todos los días le mandaba emails o mensajes por móvil para asegurarse que Marta estuviera bien.

—Llegó un momento en el que pensé que era hora de volver. Y bueno, aquí estoy. La carne está casi pronta. ¿Ya quieres comer o le bajo la intensidad al fuego?

—Baja la intensidad —pidió Marta, casi en un susurro.

Él obedeció.

—¿Y cuál es tu historia?, ¿cómo llegaste a Brooklyn?

Marcos colocó dos copas de vino sobre la barra.

—Me temo que mi historia no es tan entretenida como la tuya —le dijo con una sonrisa tímida.

—Estoy seguro que sí lo es. Este es el vino que te mencioné.

Era un Merlot reserva que se veía delicioso. Él clavó el sacacorchos sin dejar de mirarla.

—Trabajaba en una galería de arte en Madrid. Había estudiado Historia del Arte y ese era el trabajo de mis sueños, en realidad. La galería llevaba exposiciones de todas partes del mundo, de artistas reconocidos, pero también se preocupaba por los nuevos, por los talentos actuales. Eran largas horas y el salario estaba bien.

—¿Entonces, por qué lo dejaste? —preguntó mientras servía un poco de vino en la copa de ella.

Marta movió la copa, olió y probó el vino. Era delicioso.

—Es muy bueno —le dijo. Entonces, él sirvió más vino—. A mi jefe le ofrecieron un trabajo en una agencia de publicidad aquí. Me preguntó si quería

venirme con él y le dije que sí. En aquel momento sentía que necesitaba un cambio, alejarme un poco de todo. Así que me vine. Mi jefe en su trabajo nuevo y lujoso, yo siendo la chica de los mandados —le dijo con una risita—. Hasta que comencé a ascender y ahora estoy a cargo de los proyectos.

—¡Felicitaciones! —le dijo él, levantado su copa para brindar.

Ella levantó la suya y golpearon las copas.

—¿Con qué empresas trabajan?

—Ahora estoy programando la campaña de Alexandra Cho. Es una diseñadora de modas. Es mi primer campaña de modas, en realidad. Le he presentado varias ideas, pero parece que no llego a entenderla del todo.

—Ah, los artistas —suspiró él—. Supongo que no te molesta lidiar con ellos, o no hubieras llamado Velázquez a tu gato.

Ella emitió una pequeña carcajada.

—Es verdad. No me molesta para nada.

* * * *

Marcos sacó la carne del horno. Para acompañar había papas al horno y puré de zapallos “con un giro”, le dijo que era la receta secreta de su abuela española, que solo él la conocía ahora. Marta supo que estaba en problemas.

Ella se sentía muy curiosa por las experiencias que él había vivido por el mundo. Pero, al parecer, Marcos sentía curiosidad por la vida de ella en Madrid y su mudanza a Nueva York. No pararon de conversar durante toda la cena (que, para la mala suerte de Marta, estaba exquisita).

Terminaron la primer botella de vino y comenzaron con la segunda, mientras cambiaban de temas entre películas que les gustaban a ambos, música y series de televisión. Cuando llegó el postre (Canolis que, él confesó, los había comprado en una panadería italiana que quedaba a unas cuerdas), estaban hablando de las series de televisión que ambos miraban de pequeños, mientras vivían en España.

Cuando estaba por terminar su canoli Marta notó lo tranquila que se sentía conversando con Marcos. Al entrar a la casa se había olvidado de sus zapatos, de sus labios gruesos, de cómo le sentaba el vestido negro... estaba cómoda, sin dejarse incomodar por la sonrisa perfecta de su vecino, ni por la camisa blanca que tenía arremangada y le quedaba perfecta.

—Me temo que esas eran las únicas botellas del vino riojano que tenía — le dijo él, cuando sirvió la última gota en la copa de Marta—. Pero tengo uno Concha y Toro, de Chile, que también es muy rico.

Marta sabía que dos botellas de vino eran suficiente.

Pero era viernes. Y se sentía a gusto. Entonces le dijo que sí.

Le ayudó a juntar la mesa, aunque él le pidió que no lo hiciera. Marcos le aseguró que no hacía falta que le ayudara, que fuera a sentarse al sillón.

—No puedo estar sin hacer nada mientras tu juntas las cosas —le dijo ella.

—Bueno, si quieres tengo un álbum con fotos en la mesita de la veladora.

Para Marta fue suficiente. Marcos le sonrió cuando ella se dio vuelta para buscara ese álbum. Una cena, dos botellas de vino y ya se sentía tan cómoda con él. Sería una pena que no pudieran ser amigos...

Marcos abrió una botella más, sirvió las dos copas y se sentó al lado de ella.

—¿Dónde es esta foto? —le preguntó señalando una de un campamento, en medio de una sabana, donde se veían dos hombres enormes, de raza negra, delante de una cuatro por cuatro.

—Eso es en Kenia. Fui a un safari de avistamiento con ellos, se llaman Kenzi y Misha. Misha es arquitecto, igual que yo.

Velázquez se despertó de su siesta, en el sillón que quedaba frente a ellos. Se desperezó tranquilo, los miró un momento y luego, de un salto, bajó del sillón y se escabulló por la puerta de la cocina.

—Probablemente vuelva a la casa —le dijo él—. Al menos es lo que hace generalmente. Aunque nunca se queda hasta tan tarde.

Hasta ese momento ella no había notado lo cerca que él estaba. Marcos había pasado un brazo por detrás de ella, contra el respaldo del sillón y tenía una de sus piernas rozando la de ella. Entonces Marta sí comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Y esta foto? —preguntó ella, intentando concentrarse en otra cosa. Esa foto también parecía ser de África.

—Es un hogar Zulú, cerca de Durban, en Sudáfrica. Mira esta —dijo él, pasando las páginas del álbum, hasta llegar a una foto de él frente a una choza de tierra. Marta lo miró mientras movía las páginas. Estaba bien afeitado y, cuando se quedaba serio, su mentón se marcaba aún más—. Esto es en Ghana, a esa casa la construí yo, con estas manos —le dijo mostrándole las manos.

—No —le dijo ella, con una sonrisa y una mirada un poco incrédula.

—Sí. Fue toda una experiencia. Es tierra mezclada con paja y tienen una forma de construcción bastante particular, quise probar de hacerlo. No me quedó tan mal, para ser la primera.

Marta se estiró hacia delante, para tomar su copa de vino. Un trago, en ese momento, era muy necesario.

Él hizo lo mismo un momento después.

Marcos dejó la copa al lado de la de ella, justo cuando ella la volvió a apoyar. Marta lo miró, entonces. Y él la besó.

Despacio cortó la poca distancia que los separaba y apoyó sus labios sobre los de ella.

No era para eso que se había puesto el body, pensó.

Pero le devolvió el beso. ¡Vaya si se lo devolvió! Entonces, al sentirse correspondido, Marcos pasó un brazo por la espalda de ella y con la otra mano le sujetó el rostro. Marta se acercó más a él. El beso se intensificó.

Él le movió el rostro hacia el otro lado para poder cambiar el ángulo del beso y, de a poco, fue recostándola contra los almohadones. Ella respondía al beso, se dejaba acostar. Solo se separó de él el instante en que pasó sus brazos por los hombros de él, para atraerlo más hacia ella.

Marcos se movió en el sillón, movió un poco las rodillas de ella para poder acomodarse entre ellas. Marta no se apuso en ningún momento, al contrario, lo necesitaba. Esa sonrisa perfecta, el mentón recto, esos hombros anchos... necesitaba sentirlo cerca, necesitaba que siguiera besándola, sentir el calor de su respiración en el cuello.

Marcos emitió un gruñido antes de cambiar la boca de Marta por el mentón. Desparramó besos por su cuello mientras seguía bajando. Ella ni siquiera notó cuando él le bajó el cierre del vestido. Estaba disfrutando esa sesión de besos tanto que no quería ni abrir los ojos. Marcos comenzó a besar su pecho, colocó las manos sobre los senos de ella.

—Al fin —dijo él en un susurro—, ¡al fin!

Marta tiró de él para volver a besarle la boca. Sus labios, su lengua, era todo lo que quería en ese momento. Abrió sus piernas un poco más, para que él se acomodara en ella. Sentía cómo el empujaba despacito contra su entrepierna, lo sentía duro, latente, y no podía creer lo mojada que se sentía. Quería eso más que nada. Deseaba tenerlo ahí mismo, en el sillón, en ese momento.

Él se levantó solo un poco, para tirar del vestido de ella hacia abajo y dejar a la vista el body negro que Marta se había puesto esa noche. Las dos

rosas rojas tapaban justo sus pezones. A él se le escapó el aire.

—Perfecta —le dijo antes de volver a acomodarse entre sus piernas, solo que esta vez, los empujes contra la entrepierna, fueron seguidos de besos y mordisqueos sobre el body.

Placer sentía ella. Su espalda se arqueaba mientras Marcos le mordisqueaba los senos, le chupaba los pezones sobre las rosas, y movía las manos para desprender el vaquero de él. Marcos gemía a la par que ella, con su verga tan dura que le presionaba el vaquero y le molestaba.

Ella llegó a desabrocharlo y agarrarla con fuerza justo a tiempo. Marcos se arqueó hacia atrás y emitió un gemido de alivio. Volvió a besarla en la boca mientras le sacaba uno de los tirantes del body, para dejar el seno de Marta al aire.

El aire a su alrededor estaba caldeado, Marta quería que él la mirara desnuda, quería sentirse deseada por él. Con su pija apretada en una mano, no podía creer lo dura, lo caliente, que estaba. Marcos seguía con los movimientos hacia delante y atrás, pero ahora en la mano de ella.

Marta estiró la mano y presionó la pija de él hacia arriba, mientras bajaba las manos para tocar más abajo. Entonces, él atrapó uno de sus senos con los labios. Los dos gimieron a la vez, antes de fundirse en un beso duro, profundo.

Entonces él soltó el otro bretel del body, para dejar el torso de Marta a la vista. Se alejó poco de ella, para admirarla. Ella hizo lo propio, ya que el pene de él, totalmente erecto, salía por la bragueta de su pantalón, deseando volver a ser tocado por ella. Marta miró a Marcos a la cara, él estaba absorto admirando sus tetas, las tocaba, las apretaba y las soltaba. Entonces, él la miró.

—Son perfectas —le dijo él.

Algo en la mente de Marta hizo click, entonces.

Le dio un pequeño empujón para alejarlo, pero sin ser grosera.

—¿Qué sucede? —preguntó Marcos.

—Marcos, me parece que las tres botellas de vino fueron demasiado —dijo ella, con una risita—. No estaba buscando esto cuando vine a cenar.

—Bueno —dijo él, apoyándose sobre sus manos, pero sin alejarse más de ella—, yo tampoco lo pensé cuando te invité. Lo pensé, hasta llegue a desearlo, especialmente cuando te vi entrar con este vestido negro... pero no ha sido el vino.

—Mira, yo no estoy buscando tener una relación complicada con mi vecino y me parece que el sexo complica las cosas —le dijo ella, porque él,

sin dudas, no había entendido.

—No me gustaría tener una relación complicada contigo —afirmó él—. Pero me gustas. Y me gustaría tener sexo contigo.

—Una relación tampoco estoy buscando, la verdad —volvió a hablar ella. De pronto comenzó a ser consciente de que sus pechos estaban al aire, entonces cruzó sus brazos en su pecho—. Hace poco salí de una y no estoy pronta para volver a pasar por lo mismo.

Entonces, él sí se alejó un poco de ella.

—Lo entiendo —dijo él.

—Tal vez es mejor que me vaya —dijo ella.

—Si es lo que quieres —replicó él, mientras se acomodaba su pene en los boxers y cerraba su vaquero—. Ven que te ayudo con el vestido.

Ella se sentó en el sillón, subió los breteles del body. Marcos lo acomodó hasta que las rosas estuvieron perfectamente colocadas sobre sus pezones. Luego le subió el vestido y cerró el cierre.

—Gracias —le dijo ella.

—Te queda muy bien ese vestido.

Marta se calzó los zapatos, arregló el cabello con sus dedos. Verlo ahí parado, a su lado, con la camisa salida, arrugada, y con la cara de dolor, era lo peor de toda la noche. Peor aún que sentirse caliente y mojada en su propia ropa interior. Eran los dos los que estaban sufriendo en ese momento. Pero era mejor eso que enamorarse de Marcos (¡ni que eso fuera difícil!) y luego volver a sufrir.

¡Ella sabía que no era la mujer para Marcos!

Él la acompañó hasta la puerta y se quedó en el umbral, esperando a que ella baje las escaleras y suba las de su hogar. Cuando ella llegó a la puerta de su casa, se volvieron a mirar.

—Gracias por entender —le dijo ella.

Marcos apenas le sonrió.

10

Dormir esa noche, sabiendo que él estaba igual de caliente que ella, del otro lado de la pared, fue una de las cosas más difíciles que tuvo que hacer en la vida.

Despertó de madrugada, sintiendo pulsaciones en el bajo vientre, maldiciéndose por no haber seguido hasta el final con él. Ni una ducha fría quitaron las ganas de sexo que sentía. A la primera hora de la mañana ella huyó a la casa de Camilo.

—¡Pero eres tonta o qué te pasa! —le gritó él, cuando Marta le contó.

Estaba sentados en una cafetería del West Village, donde vivía Camilo con su novio escritor. Solían encontrarse en esa cafetería cuando Marta vivía en su apartamento que hedía a fritura china. Si bien no le quedaba muy cerca en ese momento que vivía en Brooklyn, el lugar se sentía como estar en casa, a esa altura.

—No soy tonta. Solo que ya tuve suficiente.

—Nunca, jamás de los jamases, se puede tener suficiente sexo. ¡Y menos con un bombón así!

—¡Justamente porque es un bombón! Él tiene que estar con una modelo, no con alguien como yo.

—¿Qué significa eso, Marta?

—A los hombres como él le gustan las modelos con rostros claros y apariencias de indefensas. Los hombres como Marcos quieren sentirse fuertes y que pueden proteger a una mujer que parece tontita. No las mujeres como yo.

—No las Sophia Lauren. ¿Eso quieres decir?

—Sí, justo eso.

—Martita, querida. ¿No te has mirado al espejo? ¿No has visto el culo que tienes? Soy gay, pero mi parte masculina me dice que apretar ese culo sería genial, te juro. ¡Y tus tetas, Marta! Por dios, ¿quién puede querer una flaca escuálida? De verdad, corazón, tienes que enterarte de una vez y por todas que tienes un cuerpo para el sexo. Y una mente maestra. ¡Eres una amenaza triple! Hermosa, inteligente e interesante. Lo único que te falta es quererte un poquito más.

—¿Por qué eres gay? —le preguntó ella, haciendo puchero.

—Porque, tienes que reconocer, los hombres son para darles y no cobrarles.

Marta estalló en carcajadas.

—Ahora vas a ir con ese bombón que tienes de vecino, vas a quitarte la ropa en la puerta de la su casa y le vas a pedir que te deje bien satisfecha.

—¡Camilo!

—Bueno, quizás no tan así. Pero, de verdad, ¿qué tienes para perder?

—No quiero volver a sufrir otra vez. Ya he tenido suficiente de llorar por amor.

—Entonces no te enamores. Pero disfruta, Marta.

—¿Sabes qué? Tienes razón.

Ella miró por el ventanal hacia la calle.

—¡Qué vergüenza! ¿Cómo pude dejarlo avanzar tanto para después decirle que no?

—Porque somos dos histéricas, amor —le dijo Camilo, con una sonrisa.

Su amigo tenía razón, ¿qué tenía de malo disfrutar? No podía pretender vivir el resto de su vida sin sexo, después de todo. Le gustaba mucho el sexo, siempre le había gustado. Aunque, hasta ese momento, siempre había estado enamorada de la persona con quién lo practicaba.

Jamás había tenido sexo en la primera cita, mucho menos con desconocidos. La noche anterior, con Marcos, había sido lo más cercano que había estado de tener sexo la primera vez que conversaba con alguien. Y se había sentido fantástico, hasta que él le dijo que le gustaban sus pechos. ¡Sus pechos eran enormes! Seguro que alguien como él prefería senos pequeños y controlados...

Pero si sexo quería, y ella también, entonces sexo podrían tener.

* * * *

Armada de valor, volvió el sábado de tarde a su pequeña calle en Brooklyn.

En lugar de subir las escaleras a su hogar, subió las del vecino.

Tocó el timbre. Y, un segundo después, comenzó a golpear la puerta.

Tenía que decir todo antes de que se escapara esa valentía.

Marcos abrió la puerta. Estaba transpirado, sin camiseta y con un pantalón deportivo. Se quedó mirándola, con expresión de sorpresa.

—Marta, hola —le dijo.

—Sexo sí —dijo ella—. Pero sin las palabras bonitas.

—¿Cómo?

—Sexo sí quiero. Quiero mucho tener sexo con vos, en realidad —le dijo con una risita—. Pero no necesito que me llenes de palabras bonitas sobre cómo te gusta mi cuerpo ni mi ropa ni nada.

—¿Por qué? —preguntó él, con sorpresa.

—Porque no necesito enamorarme de vos y las palabras bonitas llevan a eso.

—¿Quieres sexo, pero nada más?

—Nada más. Bueno. Podemos cenar y tomar vino, eso sí. Pero nada más que eso.

Marcos se apoyó en el marco de la puerta mirándola profundamente.

—¿Y si yo me enamoro de vos?

—Eso no va a suceder —le dijo ella.

La seguridad con la que Marta dijo esa afirmación llamó la atención de Marcos.

—Podemos intentarlo, sexo nada más. Y vino, claro —dijo él.

Entonces, abrió su puerta un poco más. Marta dio un paso más para entrar a la casa.

Marcos cerró la puerta, tomó a Marta de un brazo y la empujó contra la puerta. La cartera de ella se cayó de su brazo por el movimiento brusco. Marcos la miró un segundo, antes de tomar el rostro de ella con fuerza y besarla en los labios con la misma intensidad. Marta respondió al beso, obligándolo a abrir la boca para poder mover sus lenguas a la par.

Sin esperar un momento más, Marcos levantó la remera de Marta y se la quitó. Antes de que ella pudiera protestar, colocó una de sus piernas entre las de Marta, para mantenerla apretada contra la pared, mientras le desprendía los botones del vaquero.

La respiración de Marta se agitaba cada vez más, al notar que los ojos de Marcos no se separaban de los pechos de ella, que estaban tensos en un sujetador blanco. Marta sentía que sus senos deseaban ser tocados, besados y admirados, como la noche anterior.

Marcos terminó de desabrochar el pantalón de ella y lo bajó de un tirón, entonces comenzó a besar el cuello de ella, sin bajar la intensidad en sus movimientos, mientras tocaba la cintura desnuda de ella. Marta intentaba tocarlo a él, pero Marcos alejaba las manos de ella.

—No —dijo él—. Son tus reglas, pero esto, ahora, te lo doy yo.

Lo dijo mirándola profundamente a los ojos, antes de volver a besarla en la boca y regar besos hasta llegar al lóbulo de la oreja. Marta se dejó besar, se dejó tocar. Sentía las manos de él bajando por su cintura. Las sentía en sus bragas blancas de encaje, que hacían juego con el sostén.

Marcos se separó apenas de ella, para mirar esas bragas, para pasar uno de sus dedos por el borde, causándole espasmos a Marta. Él se apoyó rápido contra ella para besarla en la boca una vez más. Apoyó la entrepierna entre la de ella, empujando con fuerza y Marta pudo sentir lo duro que él estaba.

Entonces, Marcos se alejó solo un poco y se arrodilló frente a ella. Marta comenzó a temblar.

Marcos le separó las piernas solo un poco y pasó la lengua por el borde de esas bragas. Las rodillas de Marta la traicionaron, él tuvo que sostenerla apoyando una mano en el vientre de ella. A la vez que movía su lengua para el medio de esas bragas y encontraba justo el punto que la hacía gritar.

Con la mano libre él pasó la mano alrededor de las caderas de ella, para presionar su cola mientras besaba con más vigor su entrepierna por encima de las bragas. Marta se sentía totalmente mojada, sentía que estaba por caer al suelo, estaba por estallar, todo a la vez. Marcos corrió las bragas de ella con los dientes y pasó la lengua a lo largo de sus labios.

Le besó la entrepierna con fuerza, con ganas, igual que la noche anterior le había besado la boca. Marta subía y subía en éxtasis, necesitando más. Ella necesitaba mucho más. De un tirón, Marcos le bajó las bragas y volvió a hundir su lengua ella a la vez que metía un dedo en su interior.

Marta levantó una de sus piernas, las separó aún más, para que él pudiera llegar más lejos. Sentía que estaba por llegar, gemía sin parar, lo estaba gozando.

Entonces, él se separó de ella.

Se irguió y la miró a los ojos mientras pasaba el dorso de su mano por la boca.

—Eres deliciosa —le dijo antes de besarla.

Marta respondió, empujando las caderas de él contra las suyas.

—¿Puedo quitarte el sujetador y mirar tus hermosos pechos? —preguntó él, en un susurro, sin separarse demasiado de la boca de ella.

Marta separó la espalda de la puerta solo lo suficiente como para que él pudiera desprenderle el sujetador. Un segundo después, sus pechos estaban libres, tiesos y dolorosos, pidiendo ser tocados. Marcos lo hizo al instante, a la vez que clavó sus ojos en ellos.

—Vamos a mi cama —le dijo.

La tomó de la mano y tiró suavemente del cuerpo desnudo de Marta.

Ella no podía sentirme más caliente, más deseada.

Llegaron al cuarto que ella había imaginado durante tantas noches. La cama, contra la pared, en la misma posición que la de ella.

Marcos se detuvo a los pies de la cama, giró hacia Marta para volver a besarla mientras acariciaba sus pechos.

—Tu piel es tan suave —susurró él.

La acostó en la cama y él se colocó entre sus piernas, de rodillas, para poder mirarla. El cabello oscuro y rizado de Marta se esparció sobre la almohada de él. Tenía los ojos entrecerrados y sus labios, enormes, semi abiertos, deseosos por más.

Marcos bajó la mirada por sus pechos, tan perfectos, duros y erguidos; su vientre plano, el ombligo que deseaba besar y esa entrepierna, perfectamente depilada, tan mojada y deliciosa, que ya le había dado el gusto de mojarse en su boca. Pasó sus manos sobre el cuerpo suave de Marta hasta detenerse en sus caderas.

A través del pantalón deportivo de Marcos se notaba su pene erecto. Quería salir, estaba pidiendo atención desde que la había visto al otro lado de la puerta. Desde que la había visto con su traje de baño pequeño, tomando sol en el jardín, en realidad. Marcos la había visto, con ese cuerpo tan perfecto, y no había podido pensar en otra cosa desde entonces.

Ahí estaba en ese momento, en su cama, deseándolo a él. Se inclinó para besar sus pechos. Los besó, mojó, mordisqueó y escupió un poco. Sentía que Marta se arqueaba debajo de él, que le agarraba su cabello con fuerza. Paseó su lengua de un pezón al otro. Apretaba sus senos juntos para luego dejarlos caer. Ella era un deleite para la vista y para sus oídos, cada gemido de Marta le provocaba más placer.

Bajó una de sus manos a la entrepierna de ella para volver a colocar un dedo en ella. Le besaba sus pechos, los chupaba, mientras metía y sacaba un dedo de ella. Los gemidos de ella crecían en intensidad. Cada vez eran más altos, él introdujo un dedo más y ella explotó.

Se presionó contra su mano y comenzó a mover sus caderas para perseguir ese orgasmo. Marcos se alejó solo un poco para admirar el espectáculo, para poder tener una visión del cuerpo de Marta contorneándose con ese orgasmo que él había ocasionado.

Hasta que comenzó a bajar la intensidad, entonces ella tomó de su

cabello, lo cinchó hacia ella y lo besó con fuerza.

Antes de que la respiración de Marta volviera a la normalidad, le dijo:
—Ahora me toca a mí.

Lo besó una vez más antes de bajar una mano al pantalón de él. Con la otra lo empujó hasta acostarlo de espaldas en su cama. Ella trepó a horcajadas sobre él, lo continuó besando a medida que movía sus caderas sobre las de él. Sentía su pija dura, escuchaba los gemidos de él.

Marta colocó el pene de Marcos, aún con el pantalón puesto, entre sus piernas, para poder moverse a lo largo. Agarró las manos de él y las llevó arriba de su cabeza, sobre la almohada, mientras seguía meciéndose sobre él, besándolo, enloqueciéndolo.

De a poco comenzó a bajar, besando su mentón, su pecho, metiendo la lengua en el ombligo. Entonces, bajó su pantalón y boxers. El enorme pene erecto de Marcos quedó al aire, tan tenso que se notaban las venas violáceas, rogándole a Marta que les prestar atención. Pero ella, en lugar de mirar esa verga, comenzó a besar la entrepierna, la unión de sus piernas, pasó la lengua más abajo, hasta que notó como las manos de Marcos se cerraban contra su cabello.

—Detente ahora o esto se terminará antes de empezar —le dijo él en un susurro.

Marta lo miró, entonces. Él clavó su mirada vidriosa en la de ella, que tenía el rostro tan cerca de su pija. Marta, sin dejar de mirarlo, llevó su boca cerrada al pene de Marcos y le dio un besito en la punta. Desesperado, Marcos tiró de ella hacia arriba, hasta que quedó a horcajadas sobre él y la besó.

Él giró hasta quedar sobre ella, sin dejar de besarla. Marta lo abrazó con las piernas, pero al segundo lo soltó y le pidió que usara un preservativo. Él lo hizo. Solo demoró un momento en ponérselo y volver a colocarse entre las piernas de ella.

De un solo movimiento metió toda su pija en la vagina de ella. El gemido de placer que lanzaron ambos fue tan fuerte que excitó al otro en demasía. Marcos empujaba su verga tan dura y caliente contra Marta, que no podía evitar mover sus caderas para recibir más.

Seguían el mismo ritmo, buscando lo mismo, dejándose llevar por el placer. Marcos dejó de besarla para ponerse de rodillas sobre ella. Quería mirarla mientras tenía su pija dentro de ella, quería ver las expresiones de placer que hacía al sentirlo duro en su interior. Tomó sus manos entre las suyas

al momento que empujaba.

Marta había tenido la misma idea, de mirarlo mientras se dejaba penetrar por él, mientras le devolvía las embestidas con sus caderas. Mordía sus labios con fuerza, lo miraba profundamente mientras sentía que el placer crecía en su interior.

Entonces ella movió su cabeza para atrás y cerró los ojos. Sentía llegar el orgasmo, abrió la boca y dejó escapar gemidos que eran casi gritos. Las embestidas de él se volvieron más fuertes, más feroces, a la vez que tampoco podía dejar de gemir.

Ella se corrió en la pija de él, moviendo sus caderas como si su vida dependiera de eso, gritando con tanta fuerza que ya no sabía ni qué hacía él.

Marcos pasaba la mirada entre la cara de placer extremo de ella, a sus pechos que se movían de arriba hacia abajo con tanta fuerza que él quería penetrarla aún más, y más, y más. Hasta que miró como su pija entraba y salía de ella.

Como su pija, tan dura, le daba y recibía placer. Entonces sintió primer contracción del orgasmo de Marta y él ya no pudo contenerse más. Se dejó explotar con un grito de placer y luego cayó sobre ella.

11

De a poco, Marta fue despertando. Se sentía relajada como hacía tiempo no sentía. Tan cómoda y tranquila... hasta que recordó lo que acaba de hacer. Entonces abrió los ojos a la velocidad de la luz.

Marcos estaba acostado de lado, mirándola. Ella le sonrió y cerró los ojos con fuerza.

—¿Dormí mucho? —le preguntó.

—No mucho, no —le dijo él—. No puedo creer lo buena que eres en la cama —le dijo.

Ella le sonrió antes de volver a abrir los ojos.

—Es imposible no querer más cuando te mueves tan bien —le dijo.

Marcos la besó.

—Creo que mejor me voy a casa— le dijo ella.

—Todavía no —dijo Marcos, pasando un brazo sobre ella—. Quiero disfrutarte una vez más, al menos.

—¿Al menos?

—¿Qué esperabas?, ¿qué podías montarme así y ya no querría más?

El comentario le hizo reír.

—Vamos a darnos una ducha —le dijo él.

El cuerpo de Marcos parecía esculpido en piedra. Se notaban sus abdominales y tenía piernas fuertes también. Era difícil para Marta dejar de mirarlo. Él la ayudó a entrar a la ducha primero y él entró detrás suyo, apoyando el cuerpo de Marta sobre el suyo. Comenzó a pasar el jabón por todo el cuerpo tan femenino de ella. La mano con el jabón era seguido por la otra mano de él, que disfrutaba del tacto con la piel tan suave de ella.

El baño fue eterno, porque los dos querían tocarse, querían sentirse. Él sentía como su cuerpo comenzaba a reaccionar ante lo que veía, ante lo que Marta hacía con él. Frente a frente, con las piernas entrelazadas, los pechos de ella erectos, besándose... Marcos quería más de ella.

Pasó el jabón por la entrepierna de ella a la vez que tiraba de su cabello para atrás, para poder besar el cuello de ella. Marta bajó sus manos por el vientre de él y continuó bajando, en la misma dirección que llevaba él.

Marcos dejó el jabón a un lado, pero continuó tocando la entrepierna de Marta con sus manos. Entonces, ella enjabonó sus manos y las puso alrededor de su pene, que cada vez estaba más duro.

—Me vas a matar, Marta —le dijo.

Ella solo le sonrió antes de apretar ambas manos alrededor de esa verga enorme.

Mirándose a la cara, con algún beso espontáneo y expresiones de deseo, ambos quedaron un momento tocándose, dándole al otro placer, hasta que ella ya no aguantó más.

—Fóllame —le exigió, y giró hasta ponerse de espaldas a él.

Apoyó la cola contra su pija y le dijo:

—Fóllame por atrás.

Marcos la apoyó contra la pared, ella levantó la cola un poco más para que él pudiera acceder a su centro y, de a poco, le fue introduciendo su pija que estaba tan dura, tan grande y tan caliente.

Marta gimió de placer una y otra vez hasta que la sintió completamente adentro.

—No acabes adentro —le pidió casi en un susurro.

—No me preocupes —le dijo él, al oído—. Voy a ser cuidadoso.

Enseguida le mordisqueó la oreja a la vez que embestía con fuerza contra ella.

Sentirlo era lo que le faltaba. Sentir esa pija caliente dentro de ella, que sentía que hervía. Ese placer no tenía nombre. Apoyó la frente contra la pared, separó sus piernas un poco más y se dejó disfrutar de lo que le ocasionaba sentir esa verga entrando y saliendo de su centro.

Marcos empujaba una y otra vez, sujetando las caderas de ella con fuerza, mirando esa cola majestuosa, sintiéndose cada vez más duro y grande. No sabía cuál de los dos estaba más caliente.

Hasta que ya no pudo mirar más. Tuvo que llevar la vista al techo y moverse más rápido, los gemidos de ella se lo exigían.

—¡Sí! —gritó ella —¡Más rápido, Marcos! ¡Dame más!

Marta levantó sus manos contra la pared, separó aún más sus piernas. Marcos tomó las manos de ella entre las suyas a la vez que seguía follándola por atrás, con fuerza, hasta que ella acabó con espasmos y gritos.

Todo era tan excitante para él, la cabeza de Marta echada hacia atrás, apoyada en los hombros de él, su canal tan apretado, sus gemidos pidiendo más, sus espasmos apretando su verga con fuerza... sintió que estaba por explotar.

Sacó la polla de ella, Marta giró rápido sobre sus talones para agarrarla y apretarla con fuerza, moverla de arriba abajo hasta que él acabó también.

* * * *

Se limpiaron mutuamente. Se tomaron su tiempo en secarse el uno al otro. Marcos le prestó una remera a Marta y volvieron a la cama, sintiéndose inmensamente relajados y muy cerca.

Marta le ayudó a cambiar las sábanas, que habían quedado húmedas después del ejercicio del que habían sido testigos. Ella, con una remera grande de él, se sentía aún más sexy que con el body negro con rosas que había usado la noche anterior.

Bajaron las escaleras despacio, tomándose de las manos de a ratos. Ella fue directo a buscar su ropa.

—Tendría que irme a casa —dijo mirando por la ventana. Ya era de noche—. Tengo que darle de comer a Velázquez.

—¿No quieres comer algo? —Marcos notó la mirada de ella, que se volvía seria—. Era parte de tus reglas: sexo, cena, vino. ¿No?

Entonces ella volvió a relajarse.

—Es verdad —le dijo—. Otro día, ¿puede ser? Y la próxima vez cocino yo.

—Es un trato —le dijo él.

Marcos cortó la distancia que los separaba y la besó.

12

¡Qué día!

Eso sí que era buen sexo.

Cualquier cosa que tuvo antes fue solo entrenamiento.

Ese hombre sí que sabía follar... ¡por favor!

Se había puesto sus vaqueros y zapatos, al resto de la ropa la llevó en la mano, hecha un bollo, contra la remera que él le había prestado.

Marta entró a su casa, le puso comida a Velázquez y luego fue derecho a dejarse caer sobre el sillón.

¡Por favor! Qué buen sexo...

Tenía que agradecerle a Camilo por empujarla a que aceptara tener sexo con Marcos.

Y luego de un momento de pensar en lo excelente que fue el sexo con él, se obligó a cambiar la mente de lugar.

* * * *

No le valía la pena seguir pensando en lo maravilloso que había sido o se involucraría sentimentalmente con él.

Así que prendió la televisión, puso el ordenador portátil en sus piernas y abrió un archivo del trabajo. En la semana debía resolver sí o sí la campaña de Alexandra Cho o fracasaría como Project Manager. Y nada sería peor que darle el gusto a Walter.

Alexandra Cho quería una campaña mundial, que fuera entendida por diferentes culturas. Con grandes carteles en lugares que incluían Hong Kong y Buenos Aires. Había pensado en armar una campaña minimalista, pero era demasiado similar a lo que ella ya tenía. También había pensado en jugar con la furia de la ciudad, pero las pendas de Alexandra eran mucho más románticas.

Luego había ideado una campaña de Princesas en la ciudad, donde las modelos, perdidas e indefensas, estuvieran en situaciones irrisorias en ciudades como Londres, Milan y Nueva York.

Ese había sido el último planteo que le había hecho. Había sido la semana

anterior, mientras ella estaba nerviosa por su cena con Marcos. Le contó su visión: una campaña de mujeres frágiles, usando las prendas románticas de Alexandra, a punto de caer del Duomo de Milan o de una de las agujas del Big Ben.

—Mis chicas no son indefensas —le dijo ella—. No me malinterpretes, la idea no me disgusta. Solo que las chicas que usan mi ropa se llevan el mundo por delante.

Entonces Marta y su equipo tuvieron que volver a replantearse toda la idea.

Ella sabía que tenía la campaña ideal en su cabeza, en alguna parte. Cada vez que cerraba los ojos para imaginarla la sentía cerca. La tenía en la punta de la lengua. Pero se le escapaba...

Ese sábado de noche buscó referencias artísticas, releyó el estudio de mercado de las clientas de Alexandra Cho una y otra vez. Luego volvió a revisar el brief hasta que le comenzaron a arder los ojos. La noche anterior había dormido muy incómoda por la necesidad de sexo con la que había quedado después de la sesión de besos en el sillón de Marcos, y ese día el ejercicio físico había sido demasiado. Dormir era una buena idea.

* * * *

El domingo no hubo rastros de él. Tampoco había movimientos en la casa, pensó que quizás había salido, por lo que corrió arriba por su traje de baño y de ahí, al jardín, a tomar algo de sol.

Se sintió bien todo el día, con sus planes para la campaña del trabajo, mirando una película y leyendo sobre África... hasta que llegó la noche y siguió sin tener noticias de él.

¿Qué le molestaba?, después de todo, ella le había dicho que solo quería sexo. Se fue a dormir con una punzada de culpa en el pecho y se quedó despierta, en silencio, intentando escuchar algún sonido en la casa de al lado.

Nada. No cayó ni un alfiler.

13

El lunes de tarde era su reunión con Alexandra Cho.

Era la tercera idea que le mostraba, tenía que ser la decisiva. Si esa idea no le gustaba, Marta estaba segura, le quitarían su nuevo puesto de Project Manager. Había pasado mejorando su idea de las mujeres perdidas en la ciudad, buscando modelos acorde a mujeres que tienen el mundo en sus manos, había buscado las mejores prendas de la colección de Alexandra para que hicieran juego con el Duomo de Milan, la Torre Eiffel y el Big Ben. Se sentía pronta para enfrentar a su cliente. Sentía que tenía una idea ganadora.

Alexandra llegó tarde, como siempre. Al ver a Marta, ella sonrió encantada.

—¡Como siempre, querida, es un placer verte!

—Igualmente, Alexandra —le dijo. La diseñadora había exigido que la llamara por su nombre de pila.

—¿Cómo van esas ideas?, ¿ha trabajado esa cabecita?

—Ha trabajado mucho, sí.

Alexandra tomó asiento al lado de Marta, que tenía la carpeta en sus manos. Había mandado a dibujar sus ideas y sentía que los diseñadores habían captado justamente lo que ella imaginaba. Le pasó esa carpeta a Alexandra y dejó que ella pasara entre los dibujos mientras describía su pitch:

—Como dijimos la vez pasada, sus clientas...

—Mis chicas —interrumpió ella.

—Sus chicas, son mujeres de mundo. Son chicas que toman la iniciativa, que no necesitan la protección de nadie, ellas pueden solas contra todo.

—¡Exacto!

—Entonces, en lugar de estar perdidas en la ciudad, ellas van a estar conquistándola. En lugar de estar colgadas de una de las agujas del Big Ben, van a estar trepándolo. Paradas en esas agujas, mirando al más allá.

—¡Sí, eso! Aquí veo Londres, Paris, Milán... ¿tu no eres española?

—Sí, de Madrid.

—¿Por qué no has incluido España? Es mi país favorito, tengo muchas prendas inspiradas en bailarines de flamenco, en pantalones y chalecos vascos. Me gustaría que España esté.

—Bueno —comenzó Marta—, con los movimientos que hay por la protección de los animales, no le recomiendo que use las plazas de toro...

—No, eso no... —Alexandra miró sus bocetos—. Cuéntame de ti.

—¿De mí?

—Sí. Eres de Madrid, vivís en Nueva York, debe de haber sido un gran cambio.

—Sí, lo fue. Pero era uno necesario.

—¿Por qué?

—Comenzaba a sentir que Madrid me ahogaba —confesó ella—, que era demasiado pequeño. Me vine a Nueva York, vivía en apartamentos compartidos, pero me sentía mucho más libre. Hace unos meses me mudé a mi propia casa, así que el cambio fue positivo.

—¿A sí? ¡Conquistaste la ciudad!

Marta se rió.

—Sí, supongo que lo hice.

—¿Y qué te gusta de España? Supongo que algo te tiene que gustar de tu tierra patria.

—Me encanta España. Me gusta muchísimo. Sus playas, su gente, su comida. Me gusta mucho el arte, también. Velázquez es mi favorito, tanto que mi gato se llama así.

—¿Tu gato se llama Velázquez?

—Sí.

—Me gusta mucho Velázquez. Me parece que como representante de España, pocos le hacen sombra.

Entonces la mente de Marta se iluminó.

—Si quiere España, podemos hacer el cuadro Las Meninas pero con sus prendas. Tiene un chaleco largo, si mal no recuerdo, que puede ser el mayordomo, y sus cuellos de volados pueden ser del pintor.

—¡Y mi vestido rosa de volados la princesa! ¡Me encanta!

Alexandra la abrazó.

—¡Yo sabía que podía confiar en vos! Eres una mujer de mundo, eres mi público ideal.

Marta devolvió el abrazo, pero quedó dura al escuchar la exclamación de Alexandra: ella no era ninguna mujer de mundo. Ella no tenía nada resuelto.

* * * *

Igual, esa noche se merecía un trago.

Charly y Camilo la sacaron a festejar su primer victoria. La llevaron a un bar que quedaba cerca de la oficina para un after. Sus amigos prometieron no dejarla ir hasta que no quede arruinada de tanto alcohol. Y casi cumplen.

Con varios tragos de más, Camilo le preguntó si se animó a enfrentar a su vecino, el arquitecto sexy, y Charly exigió detalles. Tragos va, chupito viene, Marta decidió que esa noche también se merecía sexo salvaje. Sexo del bueno.

De los tragos con sus amigos se fue a golpear la puerta de Marcos, con una botella de vino (que era totalmente innecesaria).

—Hola —le dijo él, con su sonrisa perfecta de dientes blancos.

—¡Han aprobado mis ideas para la campaña de Alexandra Cho!

Dijo ella, pasándole la botella de vino e invitándose a pasar a la casa.

—¡Eso es genial!

—Lo sé. He trabajado tanto por esta campaña que me merezco ese vino y me merezco buen sexo —dijo mientras comenzaba a desprenderse la camisa.

Marcos le ayudó con los botones, mientras le basaba. Se quitó la camisa, se quitó el sostén y abrazó a Marcos con fuerza, para besarlo. Él respondió al beso, se dejó quitar la remera, no tuvo tiempo ni de tocarle los pechos porque ella dijo:

—Y hoy no me vas a pedir que pare.

Acto seguido, se arrodilló delante de él, abrió la bragueta de su pantalón y buscó hasta sostener la verga en sus manos. Marcos se puso tieso al instante. Miraba a Marta, que, a su vez, no quitaba la vista de su pene, mientras lo masturbaba con fuerza. Ella lo miró a los ojos, escupió en su mano y pasó esa mano húmeda por la pija, consiguiendo que se pusiera aún más dura.

—¡Marta! —exclamó él.

Ella le dedicó una risita antes de llevar sus labios gruesos a la punta de esa pija dura, grande y tan caliente que le quemaba los dedos. Le dio un pequeño beso antes de pasar la lengua por toda la cabeza.

—¡Me estás matando! —volvió a decir él.

Marta ignoró sus comentarios. Continuó jugando con su lengua en el contorno de la pija de Marcos, sintiendo cómo cada vez que se ponía más dura, más grande, en sus labios, en su mejilla, en sus manos.

Hasta que abrió la boca y la metió dentro. Comenzó a chupar, a meterla y sacarla. De vez en cuando la sacaba para escupirla y masturbarla antes de volver a chuparla. Marcos le agarró sus rizos oscuros y los apretó con fuerza entre sus manos. Esa mujer sabía lo que hacía, él se estaba volviendo loco.

La levantó empujando su cabello para arriba. La miró un instante antes de tomarle el rostro con la misma intensidad con que la besó. Ella lo empujó hasta que él cayó sentado en el sillón, Marta se quitó sus vaqueros y se colocó a horcajadas sobre él.

—Hoy voy a hacer todo lo que no me dejaste la vez anterior —le dijo mientras tomaba la pija caliente de Marcos entre sus manos.

—Hazme lo que quieras —le dijo él, acomodándose en el sillón.

Y Marta así lo hizo. Se introdujo la verga despacio, tirando su cabeza para atrás para disfrutar cada momento. Jugó con la punta en su entrada antes de meterla toda. Escuchaba los pequeños gemidos de Marcos entre los suyos.

Entonces comenzó a mover sus caderas de forma circular. Marcos pasó una de sus manos por el mentón de Marta, una caricia tierna en medio de ese embrollo de sentimientos y sensaciones. Marta reaccionó a él y lo miró a los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Él, entonces, la agarró por las caderas y comenzó a moverse dentro de ella.

Marta se abrazó de él y se dejó follar con fuerza hasta que sintió que llegaba al orgasmo.

—Muévete conmigo —le pidió él, susurrándole al oído.

Y ella lo hizo.

Acabó en él, meciéndose, abrazándolo con fuerza. Cuando ella sintió su último espasmo, él la empujó contra el sillón, salió de dentro de ella y acabó sobre su vientre.

Marta terminó de secarse después de la ducha, se puso la remera que él le había dado y entró al cuarto de él. Marcos la esperaba en su cama, leyendo un libro. Se veía tan atractivo, sin remera, con su mentón firme y esa mirada firme que tenía cuando se concentraba en algo.

Cuando ella entró a la habitación, él comenzó a mirarla a ella y le sonrió. Había notado como las cejas de Marcos se relajaban cuando sonreía, pero se juntaban en el centro cuando se concentraba en algo.

La noche que le cocinó, por ejemplo, cada vez que volvía la vista al horno o cuando servía vino, esas cejas se juntaban; pero luego volvía la vista a ella, entonces todo su rostro perdía esa tensión. Marta se subió a los pies de la cama y gateó hasta donde estaba él. Marcos la tomó de los hombros y empujó de ella hasta acunarla entre sus brazos.

—Felicitaciones por la campaña —le dijo antes de darle un beso en la frente.

—Gracias —ella sonrió y se acurrucó en él—. Al final fue medio por suerte, si te digo la verdad. Había pensado en una campaña de ciertos países europeos y ella luego quiso incluir España.

—¿No habías incluido España?

—Bueno, no. Había metido las ciudades que son íconos de la moda, España no tiene ninguno. Pero a Alexandra le gusta mucho España, aparentemente.

—¿Y cómo agregaste a España?

—Le dije que mi gato se llamaba Velázquez —lo miró, sonriendo, al decir eso. Él se rio también.

—¿Te quedas hoy conmigo? —preguntó él, sosteniéndola aún entre sus brazos— Sé que no es una de las reglas...

—¿Puedo? —preguntó ella. No tenía ganas de volver a su casa, a dormir sola otra vez. La noche anterior se había preguntado dónde estaría Marcos y le había costado horrores conciliar el sueño.

—Sí, claro. Me gustaría que me cuentes quién te lastimó tanto —le dijo él.

—¿Cómo?

—Para que hayas huido de mí como lo hiciste la otra noche.

Ella se puso de costado. Apoyó la cabeza en una de sus manos y lo miró a

los ojos.

—No fue una sola persona, han sido varias. Pero la última, ya que preguntas, fue un fotógrafo de modas que me engañó con una modelo. Mientras ambos trabajaban para una campaña que yo ayudé a diseñar.

—Eso apesta.

—Ni que lo digas. ¿Y tu?

—¿Yo?

—¿Cómo es que tienes tanta fe?

Él emitió una pequeña carcajada antes de adoptar la misma postura que ella.

—Me cuesta tener fe, la verdad. Estuve muy cerca de casarme una vez. Ella era una mujer muy cálida, muy inteligente y amable. La conocía de toda la vida, nuestros padres eran amigos... parecía que era la mujer ideal. Solo que ella decidió cancelar la boda un mes antes.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos dos años. Durante un tiempo pensé que ella estaría confundida, que luego se daría cuenta que éramos el uno para el otro y volvería a mí.

—¿Y sucedió?

—Sí. Pero en ese entonces yo me di cuenta de cómo era ella en realidad. O de cómo era nuestra relación. Y no me gustó. Preferí no volver con ella.

—Lo siento.

—No. Yo no lo siento. Nosotros no nos hacíamos felices. Ojalá ella ahora sea feliz.

—Bueno, entonces entiendes por qué no quiero complicar las cosas.

—Claro que lo entiendo. Pero yo sí quiero. Me gusta lo complicado contigo. Me gustas tu y mucho. Desde que te vi con ese traje de baño tan chiquito, trepando la cerca. He tenido ganas de meterte mano desde entonces.

—¿Qué dices? —preguntó ella, incrédula.

—Te tendrías que haber visto. En ese momento tuve que hacer fuerza para no saltar la cerca yo mismo y follarte en el jardín.

—Ese traje de baño es viejo y no lo uso en público.

—Me di cuenta por cómo intentabas taparte. Pero te queda fantástico, déjame que te diga. La bikini marca perfectamente las curvas de tu cola... tienes un contorno fenomenal.

Marcos se acercó a ella al decir esas palabras.

* * * *

Hicieron el amor una vez más esa noche. Tranquilos, sin apuro, besándose despacio, profundamente. Él siempre esperaba hasta que ella llegara al éxtasis antes de perseguir su propio placer. Era extremadamente seductor el sexo con él. Marta se sentía atractiva, atrevida y sentía que él respondía a todos sus movimientos.

El mismo martes comenzaron a planificar la estrategia de acción para llevar adelante la campaña de Alexandra Cho. Marta con su equipo y Camilo, desde cuentas, con el suyo, discutían presupuesto: el equipo de ella se dejaba llevar por la creatividad, el equipo de él los mantenía con los pies en el suelo por el presupuesto.

—¡Esta campaña se va a lanzar a nivel mundial! —le dijo Marta, en un tono que ya era agresivo, apoyando ambas manos en la mesa.

Frente a ella, Camilo imitó el movimiento.

—¡Pero el presupuesto no da!

—¿Qué sugieres, entonces?, ¿qué contrate a principiantes?

—¡Se llaman “nuevos talentos”!

—¡Alexandra Cho está pagando por Modelos consagradas!

—¡Entonces el resto de la campaña va a ser mediocre!

Marta respiró profundo. Podía encontrar “nuevos talentos”, podía hacer un scouting de modelos y conseguir nuevas caras que se convirtieran en la referencia de Alexandra Cho. Lo había hecho antes con chicas que ahora eran portadas de la revista Vogue, eso no le daba miedo. Pero debía encontrar la forma en que Camilo cediera con los dólares... el presupuesto daba, ella lo había estudiado.

Sabía, también, que era el trabajo de Camilo decir siempre que no había dinero. Y si ese era el juego que él era bueno jugando, Marta prefería gastar en artes decorativas, en fotografía y postproducción. Podía dejar esta pelea, siempre cuando Camilo se comprometiera en dejar las demás.

Decidieron conversarlo durante el almuerzo.

Solo que cuando estaban por salir del edificio, los dos conversando de otras cosas, Marta escuchó su nombre.

—¿Marcos?

Marcos, con una camisa y una corbata, con su cabello bien peinado, más atractivo que nunca, estaba allí, detrás de ella.

Marta quedó de piedra.

—Hola —dijo él—. Sé que probablemente estoy violando todas tus reglas. Pero dejaste esto en casa —le dijo. Tenía la billetera de Marta en sus manos.

—¡Qué tonta! —dijo ella, sonriendo con timidez.

—¿Marta? —le dijo Camilo, para llamar tus atención.

—Sí —dijo ella, llevando la vista de Marcos a Camilo. Notó que Marcos también miraba a su amigo con curiosidad—. Marcos, él es Camilo, mi amigo. Trabaja aquí, conmigo y es argentino.

—¡Marcos! Es un placer, al fin, conocerte —le dijo Camilo, estirando su mano.

Pareció que al escuchar que eran amigos, Marcos relajó sus cejas. Marta se dijo que seguramente estaba exagerando...

—Un gusto —le dijo él.

—Estamos por ir a almorzar —dijo Camilo—. ¿Te gustaría venir?

—En realidad es un almuerzo de negocios —le dijo Marta—. No creo que a Marcos le interese escuchar peleas por supuesto.

—No me molesta —dijo Marcos.

—¡Genial! —exclamó Camilo— ¡Vamos, entonces!

Marcos le sonrió a Marta y la dejó caminar por delante de él. Camilo no dejaba de mirarlo, hasta que le susurró a su amiga: “me habías dicho que era guapo, ¡pero este tipo está para darle y no cobrarle!”.

* * * *

En el almuerzo, aunque Marta lo intentó, de negocios hablaron poco. Camilo estaba muy interesado en Marcos. En su vida, en sus viajes, en su profesión. Y cada cosa que Marcos decía, Camilo miraba a Marta y le decía: “mira qué interesante, Marta, ¿no te parece?”. ¡A Marta le parecía!, ¡le parecía lo más interesante de mundo! Pero no necesitaba recordatorios constantes de eso. Entonces ella tomaba un poco más de su copa de vino y procuraba prestar poca atención.

—¿Y tus padres siguen siendo diplomáticos? —preguntó Camilo.

—No. Están retirados hace algunos años. Viven seis meses en el sur, cuando aquí es invierno y vuelven en la primavera. En realidad viven entre Buenos Aires y Punta del Este —le dijo a Camilo, señalándolo.

—¡Buenos Aires y Punta del Este, hermosísimo!

—El cumpleaños de mi padre es en diciembre, he pasado varias navidades allá. Muy lindo tu país.

—Gracias. La verdad es que sí es muy lindo.

Marta supo, sin ningún lugar a dudas, Marcos había conquistado a Camilo en ese momento.

—Siempre me traen algún vino, cuando vuelven. Llegaron el domingo pasado, los fui a visitar en su casa de Los Hamptons —Ah, se dijo ella, por eso no había escuchado ruidos en todo el día—. Me trajo unos vinos de Mendoza que tienen buena pinta.

Marta necesitaba huir.

Habían estado juntos el lunes, pero él no había dicho nada sobre sus padres. En realidad, jamás hablaron de sus padres, más que para decir que eran diplomáticos y ella contar que lo suyos eran abogados... ¿para qué perder el tiempo hablando de los padres, de todas formas?

Sin embargo, en ese momento, a ella sí le interesaba saber. Marcos contó cómo había viajado por varias partes del mundo cuando era joven porque sus padres se mudaban cada pocos años. Por eso, le costaba mantener amigos, siempre era el niño solo de la clase.

Hasta que llegó el momento de comenzar facultad y decidió quedarse en Estados Unidos. Entonces, él pudo hacer amigos, pero a su familia la veía muy pocas veces al año.

—Supongo que por eso soy bastante independiente —dijo—. Pero no me gustaría tener una familia alejada.

Marta rechinó los dientes. Con ese comentario se aseguraba que Camilo se convirtiera en su vasallo... con lo romántico que era su amigo, no hacía falta más.

Cuando llegó el postre, Camilo se despidió con la excusa de que tenía que tenía mucho trabajo. Mentira, pensó Marta, ella era su trabajo en ese momento. Igual, le agradeció internamente por irse. Claro que quería estar con Marcos, ese, justamente, era el problema.

—Muy simpático tu amigo —le dijo.

—Sí. Es un personaje... gracias por traerme la billetera, no tenías por que hacer todo este camino para dárme la.

—Está bien —dijo Marcos—, así aprovecho para verte.

Él intentó darle un beso. Ella apenas corrió la cara, pero al instante se dijo que quería besarlo, que se dejara disfrutar. Y se lo devolvió.

—Perdón si sientes que he violado tus reglas... pero de verdad quería verte.

—Está bien —le respondió ella.

Salieron del restaurante y aprovecharon que ella aún tenía tiempo libre

para tomar café mientras caminaban por el parque. Era un hermoso día de primavera y esa caminata, al aire libre, con una charla amena con el hombre con el que estaba teniendo sexo increíble, era lo que ella necesitaba para olvidarse del estrés del trabajo.

Marcos estaba interesado en su vida, en su trabajo. Le hacía preguntas todo el tiempo y la miraba con la mayor intensidad cuando ella respondía. Se sentía cómoda con él.

Y eso le preocupaba.

No necesitaba enamorarse de Marcos.

Pero sí quería sentirse bien.

16

La hecatombe, en realidad, llegó cuando ella volvió al trabajo. Camilo se abalanzó sobre ella antes de que entrara a su oficina.

—Quiero que te tranquilices —le dijo.

—¿Por qué tengo que estar nerviosa?

—Respira profundo. Voy a darte una noticia que no está buena.

—¡Cami, ahora me estás poniendo nerviosa!

—Hablaron con Annie Lennon, pero ella tiene una sesión de fotos muy importante en Hong Kong en la semana en que tenemos que fotografiar tu campaña.

—Bueno, eso era de esperar.

—Entonces Iker dijo de hablar con Mauro Tierno —continuó él.

—Ay no.

—Él tampoco puede.

—¡Ah, menos mal! —Marta respiró aliviada. Por un segundo pensó que debería volver a trabajar con su ex.

—Pero Mauro Tierno nos recomendó a...

—Mark.

—Y lo han contratado.

El mundo entero se desmoronó a sus pies. Podía sentir el ataque de pánico llegando, presionando su pecho, el aire escaseando. Comenzó a ver borroso...

—Respira profundo, Marta —le dijo Camilo, mientras la llevaba a su oficina y cerraba la puerta—. La decisión fue tomada desde arriba. Pero seguro si hablas con Iker y le explicas él puede rescindir el contrato del inútil de tu ex.

—No puedo hacer eso. Es mi vida profesional. No puedo ir a llorarle a mi jefe para que le rescinda el contrato a mi ex. ¡Ese imbécil! Él es quien no tendría que haber aceptado. Pero claro, es su primer gran oportunidad. Y con Alexandra Cho. ¡Y con mi idea! ¡Qué ironía tan grande que sea yo quien lo mande al estrellato!

Durante el resto de la tarde Marta pensó en mil maneras de tirar su idea abajo para quitarle el éxito a Mark. Pero cualquier cosa que hiciera para perjudicar la campaña, en realidad, la perjudicaba a ella. Quizás podía hablar con Mark y convencerlo de que no tome el contrato. Pero, ¿cómo podía negarse él?, cuando era la oportunidad que había esperado durante años...

El presupuesto le dejó de importar, le prestó poca atención a los bosquejos de arte... qué ironía tan grande que su asenso en la carrera fuera justo con el asenso de Mark.

Con lo bien que iba su día hasta ese momento...

Por querer hacerse la fuerte, la superada, jamás había dejado de seguir a Mark en las Redes Sociales. Y, a veces, cuando era de noche y estaba sola en su cama, entraba a sus perfiles para ver qué era de su vida. Según las fotos y posts, su relación con aquella modelo ya había terminado.

Hasta hacía no tanto aún veía fotos de los dos juntos. Recordaba cómo había llorado hasta quedarse dormida cuando vio que ponían fotos juntos en Milan y en Paris. También le había costado mucho aceptar que, cuando parecía que la relación con aquella modelo había terminado, Mark no había vuelto a Marta.

¿Qué hacía ella esperando por ese cabrón mentiroso?

Pero esta vez la situación era diferente: no eran dos asistentes, no. Cuando Mark volviera a Nueva York para trabajar en la campaña de Alexandra Cho, estaría trabajando para Marta. Ella era quien tenía las riendas en ese momento y no iba a permitir que una historia de amor trunca le arruinara su carrera ni su reputación como Project Manager.

Saber que sería Mark quien estaría a cargo de las fotografías de su campaña metió aceite en el engranaje de Marta: comenzó a trabajar aún más, a casi obsesionarse con el proyecto. Algunas noches incluso se quedaba a dormir en casa de Camilo y su novio para estar más cerca de la oficina.

Ella era quien iba a brillar en esa campaña. Ella era quien se ganaría el puesto permanente de Project Manager. Supervisó cada detalle de arte, revisó y comparó los planos de iluminación, incluso estuvo presente en el casting para la nueva modelo de Alexandra Cho. No se le iba a escapar detalle.

* * * *

Volvió a su casa el viernes a última hora, tan cansada que casi no sentía los pies. Antes de darle de comer a Velázquez, antes si quiera de prender la luz de su casa, ella se quitó los zapatos de taco.

El gato fue corriendo a darle la bienvenida y no salió de entre sus piernas y de ronronear hasta que Marta se sentó en el sillón y lo colocó sobre su

regazo.

—Yo también te extrañé, cariño —le dijo.

Era tanto el cansancio, que se quedó allí dormida, en el sillón, con la ropa del trabajo y los zapatos a un costado.

Marta despertó sobresaltada. Le costó un segundo reponerse antes de notar que estaban tocando la puerta.

Por la mirilla vio que era Marcos. ¡Ay, dios! Y ella con la ropa toda arrugada, con el cabello hecho un despelote.

—¡Un minuto! —le gritó y se ató el pelo en un rodete a las apuradas. Se quitó la chaqueta e intentó estirar su blusa un poco.

Al abrir la puerta notó que le dolía el cuello. Pero verlo a Marcos, con su sonrisa perfecta, parado del otro lado, la hizo sentir mejor.

—¡Estás viva! —le dijo él, un poco en chiste.

—Aún no estoy segura —le respondió Marta, con una pequeña sonrisa.

—Te ves fatal.

Marta se hizo a un lado para que él pudiera pasar a su casa.

—Me siento peor, te prometo. He pasado trabajando unas dieciocho horas diarias, anoche no recuerdo ni haber llegado a casa...

—Parece que necesitas unos masajes... —le dijo Marcos mientras se acercaba a ella.

Él pasó sus manos alrededor de la cintura de Marta y le dio un pequeño beso en los labios.

—¡Ay, sí!

—¿Por qué no vas a por una ducha mientras te preparo un desayuno? Y luego vemos si consigues esos masajes.

Para Marta, eso sonaba como el paraíso. Sin chistar ni protestar, se fue escaleras arriba para poder quitarse el cansancio de la semana en una larga ducha. Mientras, Marcos quedó examinando los cajones y puertas en la cocina de Marta. Era la primera vez que él entraba al hogar de ella, sin embargo, se sintió un movimiento natural. Ella ni siquiera le indicó dónde debía buscar las cosas para cocinar.

Velázquez llegó enseguida y comenzó a caminarle entre los pies a Marcos. El gato le pasaba todo su cuerpo por una pierna para luego ir a hacerle mimos a la siguiente. Marcos jamás había tenido mascota, si bien se consideraba que era una persona que le gustaría más tener un perro que un gato, ese animal en particular había alcanzado su corazón.

Él trabajaba desde su casa en esos días, menos cuando tenía reuniones con clientes, y en esas largas horas frente a la computadora, Velázquez se

había vuelto una compañía invaluable.

Marcos se preguntó si las reglas de Marta podrían cambiar... durante esa semana que no había tenido noticias de ella, él fue varias noches a golpear la puerta. Al no obtener respuesta pasaba de estar preocupado.

Resulta que solo era que ella estaba trabajando mucho. Igual, le gustaría tener el teléfono de ella, así podrían mandarse mensajes. Pero todo eso sucedería si Marta aceptaba a cambiar las reglas. Él quería eso...

Ella bajó las escaleras con una remera blanca enorme y un bombachón de... ¿las tortugas ninjas?

—Sí —le dijo ella—. Y antes que me preguntes, mi favorito es Leonardo.

—A mí también me gustaba Leo —le dijo él a las risas.

Marcos le había preparado unos panqueques y había preparado la mesa para que ella pudiera desayunar.

—Se ve delicioso —dijo ella, sentándose en la silla —también había jugo de naranja y unas tostadas—. ¿Hiciste todo esto en tan poco tiempo?

—Soy experto en hacer desayunos —le dijo él, con una gran sonrisa.

Además, pensó Marta después del primer bocado, sabía muy rico...

—¿Así que ya está todo pronto para las fotos?

—Faltan los fotógrafos. Se supone que llegan el lunes que viene y recién ahí vamos a poder hablar con todo el equipo sobre el plan de trabajo.

—¿Eso no se tendría que haber hecho ya? —pregunto él, intrigado.

—Sí, generalmente así se hace.

—¿Y por qué no lo han hecho ahora?

—Porque el fotógrafo es mi ex.

Marta tomó un largo trago de su jugo de naranja.

—Parece que era el único fotógrafo de modas disponible con tan poco aviso. He mandado a una de mis asistentes para que hable con él, porque yo tenía que encargarme de otras cosas. Pero él no le dio mucho corte. El lunes veremos qué hacer.

—Eso te debe de tener bastante cansada, también —dijo él, comprendiendo.

Marta lo miró con una pequeña sonrisa. Vaya si la tenía cansada...

—Esto está riquísimo —le dijo antes de probar otro bocado de panqueques.

Marcos le preguntó qué era lo que había pasado entre ella y ese fotógrafo. Ella, sintiéndose un tanto relajada después de la ducha, de la comida, sintiéndose tan cómoda en la compañía de él, le contó: ella fue a buscar unas

imágenes de muestra y lo encontró con una de las modelos.

—¡Tan típico! —le dijo— El estilo de mujer clásico, que le gusta a todas, la rubiecita con cara de desprotegida, finita, larga y delicada. Todo lo contrario a mí. O sea, ¿qué hacía saliendo conmigo cuando era ese el tipo de mujer que le gustaba? Jamás lo entendí... y no fue la primera vez...

Para Marta, comenzar a hablar fue como juntar coraje. Le contó del ex novio que la había dejado cuando se enamoró de su hermana. Le contó cuánto había sufrido por culpa de ellos.

—¿Por eso ahora tienes todas estas reglas? —le preguntó él.

—Me parece que es mejor así.

—Tal vez no.

—Por ahora estamos bien así, ¿no te parece? —le preguntó Marta y se comió el último trozo de tostada.

Él le sonrió. Marcos era un tipo inteligente, sabía que no era momento para dar pelea, no con el ex que estaba por llegar a Nueva York otra vez... pero no se iba a rendir tan fácil.

Con música tranquila, los dos sentados en el sillón, él comenzó a darle masajes en la espalda, en el cuello. Marta gemía un poco de dolor, un poco porque sentía como esa parte de su cuerpo iba aflojando. Los dedos de Marcos eran mágicos. Ya los había probado en otros ámbitos y jamás la había desilusionado.

Cocinaba bien, tenía una sonrisa de morir, hacía el amor como los dioses... y esos masajes la estaban dejando pronta para una siesta. Definitivamente no tenía que cambiar las reglas con Marcos. Es más, ni siquiera tendría que estar dejándolo entrar en su casa.

Recién en ese momento cayó en la cuenta: era la primera vez que Marcos entraba.

—Marcos, lo siento. Me he dado cuenta que ni te dije dónde guardo las cosas...

—Pues sí —rio él—. Me costó encontrar los cubiertos, en realidad. Generalmente van en el primer cajón, ¿no?

Quién rio entonces, fue ella.

—Es una maña que tengo. Es que mi madre se mete en todo. Cuando me mudé mi familia vino para ayudarme, pero la verdad es que me quitaron canas verdes.

—Ah sí, te he visto algunas verdes —dijo él, a las risas.

Ella se dio media vuelta para dedicarle una mirada asesina.

—Mi madre tiene ese talento —le dijo, en chiste—. Pues, ella quiso llegar a la casa antes que yo, elegir los muebles por mí y decirme dónde va cada cosa. Y yo, cuando ya no daba más, le dije que era mi casa y que yo decidiría donde va cada cosa. Y que a los cubiertos los quería en el tercer cajón.

—Tu madre suena exactamente igual a la mía —dijo él, aún sonriendo.

—Es la magia de las españolas.

—Seguro tu serás igual cuando seas madre.

—¡Que no te quepa duda!

Marcos le dio un beso en el cuello en ese momento.

* * * *

En ese hermoso y soleado día de primavera, Marcos convenció a Marta de que se pusiera el traje de baño y tomara algo de sol en el jardín. “Ya he visto todo”, le dijo. Pasaron la tarde en las sillas de jardín de ella, comiendo, conversando y riendo.

Fue simplemente el sábado perfecto para ambos. Cuando el sol comenzó a bajar, caminaron hasta un supermercado para hacer las compras, luego cocinaron en la casa de él y se quedaron a dormir.

El domingo Marta despertó pensando en lo malo de la situación: el día entero junto a Marcos, sin sexo... eso no era bueno. ¡Esas no eran las reglas! Así que su primer movimiento del día fue moverse contra él, para despertarle los apetitos sexuales.

Pero conversar con él le hacía sentir bien con ella misma. Él escuchaba, le hacía preguntas, la miraba con interés. Marta se sentía escuchada, como si fuera el centro de atención.

—Sabes —le dijo en un momento—, no estoy acostumbrada a que me miren cuando hablo.

Parecía algo tonto, ella lo sabía. Pero era verdad. Mark jamás le había prestado atención, por el contrario, en la relación el que hablaba siempre era él.

Marta se sentía tan cómoda que le contó sus miedos con respecto a esa campaña. Le contó las penas por las que pasó cuando se terminó la relación y cómo la visita de sus padres cuando ella cumplió 30 años había sido sumamente contraproducente.

Estaban los dos desnudos, en la cama de ella, conversando de la vida y Marta no podía sentirse más cómoda con la situación. Se olvidó de sus kilos de más, de sus curvas, de sus rulos locos. Ella solo se acomodó de costado, apoyó la cabeza en su brazo y conversó con Marcos.

—Desde mi punto de vista —le dijo él—, eres una mujer hermosa, muy inteligente. Eres divertida y tienes una vagina de primer nivel.

* * * *

El lunes Marta fue a su oficina pronta para una batalla que tenía ganada. Ella era la jefe de su ex en ese proyecto. Ella tenía las riendas, el mando, el control, ella tenía a la reina en jaque.

Pero no debía hacer ningún movimiento apresurado para no demostrar lo nerviosa que estaba. No quería que Mark supiera lo mal que ella había pasado por él. ¡Cualquier cosa menos eso!

Habían elegido a una modelo un tanto insulsa, pero que con el correcto maquillaje luciría las prendas de Alexandra Cho como las mejores. Era muy flaca y larga, con el pelo llovido, al que le aplicarían productos para que quedara más lacio aún.

Si bien esta chica, que se llamaba Chiara, no tenía mucha experiencia,

había formado parte de algunas campañas juveniles de Benetton y contaba con muchas sesiones de modelaje de fotógrafos de moda prestigiosos, por lo que Marta podía ver su potencial.

Con las chicas que se encargaban del maquillaje y la peluquería, Marta había trabajado incontables veces antes, tenía plena fe en ellas. Pero, además, como Marta no era de dejar cosas al azar, había armado cuadros de trabajo con fotos de ejemplos tan exactas que no había forma de que el maquillaje y el peinado no fuera exactamente como ella lo imaginaba en su mente.

Había pasado la semana anterior inspeccionando los accesorios de arte, además de varias reuniones con el especialista en diseño gráfico, que crearía el Big Ben, la Torre Eiffel y que era quién le terminaría de dar vida a Las Meninas de Marta.

Lo único que estaba en verenos era la fotografía... una de las aristas más importantes.

* * * *

Marta llevó la vista de su computadora a la puerta de su oficina al escuchar que alguien golpeaba la puerta.

Era Mark.

Tenía otro corte de pelo, la barba bien recortada y una camisa pulcra. Lucía muy bien, si debía ser sincera. El Mark con el que ella salía, el asistente del fotógrafo, era más bohemio; pretendía no prestarle atención a su aspecto físico, pero la verdad era que cada detalle estaba sumamente cuidado. Ahora él lucía más adulto, más responsable. Y, desafortunadamente, le quedaba muy bien.

—Hola Mark —le dijo ella, obligándose a sonreír.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, ya era hora.

Marta señaló la silla al otro lado de su escritorio.

—Felicitaciones por el nuevo trabajo. Pensé que también tendrías una nueva oficina, una más grande, con luz solar.

—Aún no. Felicitaciones a ti también por tu ascenso. Vamos a ver si los dos podemos mantener nuestros trabajos después de esta campaña.

—Qué tonteras esta campaña, ¿no te parece?

—No.

—Pues a mí sí me lo parece, ¿quién habrá tenido la idea de replicar Las Meninas?

—Yo. Conjuntamente con Alexandra Cho.

—Cierto que a ti te encantaba ese cuadro.

—Aún me gusta. ¿Podrías tomar asiento, por favor? Así podemos repasar los detalles. La parte de fotografía es lo que tenemos más atrasado.

—No digas eso, Mar, que seguro que Iluminación está peor que yo.

—De hecho, no. Ya he ultimado detalles con todos menos contigo.

Mark se encontró con los profundos ojos oscuros de Marta. Ella no le sonreía, pero tampoco tenía cara de estar enojada. Solo molesta, por el retraso del fotógrafo.

Él pensó que Marta sería una santa con él, después de todo ni siquiera había insistido con intensidad para tener esa reunión y ultimar detalles, parecía que se conformaba solo con hablar con su asistente. Sin embargo, Marta estaba sentada, tranquila. Mark había imaginado que la tendría revoloteando a su alrededor durante toda la semana, que le rogaría que volviera con él.

Dio dos largos pasos y se sentó en la silla que Marta le señalaba. En realidad, pensó él, Marta jamás le había suplicado por nada.

—Te ves bien, mar —le dijo.

Ella a penas le sonrió.

—Gracias. Supongo que no trajiste los esquemas como te pedí —dijo ella.

—¿No te los envió mi asistente?

—Me los envió. Pero recuerdo específicamente que te pedí que los traigas, también.

—Lo siento, Mar. Tengo la cabeza en tantos lados con esto de nuevo trabajo. No son la única agencia que quiere trabajar conmigo, tienes que saber...

—Me alegro mucho por ti. Pero si quieres seguir trabajando para esta agencia, vas a ir ahora por los esquemas.

—¿De verdad?

Marta lo miró con ojos inquisidores.

—Sí, ¿Esperas trabajar desde mi computadora?

—¿Vas a hacerme perder todo este tiempo?

—Tu lo has hecho solito. Esto tendría que estar pronto desde hace

semanas. Por favor, no vuelvas hasta que no esté todo pronto.

Mark no estaba seguro si debía levantarse e irse, o quedarse e insistir. La conocía, sabía que si le decía tres palabras bonitas, Marta volvería a revolcarse a sus pies... pero debía tener cuidado y no ser obvio.

—Lo siento, Mar. Volveré con todo pronto.

Le dedicó una de sus sonrisas devastadoras, ante la que ella pareció ablandarse, y se fue de la oficina.

Marta respiró, entonces.

¡Engreído bastardo! Sabía perfectamente que ese proyecto era el primero para Mark, que no había nadie más buscándolo ni entreteniéndolo. ¡Mentiroso! La gente no cambia con el tiempo, se dijo. ¿Y qué se pensaba él, que con esa sonrisita mediocre podría hacer que Marta obedeciera? ¡No la conocía para nada! ¿Y a quién se le ocurría aparecer en una reunión de trabajo sin nada pronto?

19

Marta no dejó el estudio hasta que el primer set estuvo pronto. Era el reloj del Big Ben. Los chicos de arte y de vestuario se quedaron trabajando fuera de hora para, al día siguiente, poder comenzar a primera hora.

La modelo estaba citada a las ocho de la mañana para comenzar su sesión de belleza antes de las fotos. Los iluminadores irían incluso un poco antes... aún faltaba confirmar la hora del fotógrafo.

Cuando llegó a su casa, ella estaba agotada. Había sido un día largo, ella solo quería darse un baño, acariciar a Velázquez, y dormir... al menos hasta las seis de la mañana, cuando tendría que volver a la oficina.

Solo que en los escalones de la entrada a su casa estaba sentado Mark.

Tenía una botella de vino en su mano. Si ella no veía mal, era un Concha y Toro chileno que a ella le encantaba...

—¿Qué haces aquí?

—Supe que te mudaste. Linda casa.

—¿Mark?

—Oye, quería pedirte disculpas... me porté como un cretino hoy.

—Sí, te has portado muy mal. Pero no tenías que venir a mi casa, con dejarme una nota bastaba. Ahora no estoy trabajando y la verdad es que estoy bastante cansada.

—Me imaginé. Por eso te he traído este vino. Es tu favorito.

Marta tomó la botella.

—¿Puedo entrar? —le preguntó él, otra vez con esa sonrisa que solía enloquecerla.

Mark ya se veía molesto.

No iba a aceptar un no por respuesta.

—Estoy muy cansada, Mark. Solo quiero darme un baño y acostarme a dormir. Si quieres, mañana conversamos.

—Solo será un momento.

Él la arrinconó contra la puerta de entrada, colocó uno de sus brazos en la puerta, tan cerca de la cabeza de Marta, y su cuerpo tan cerca... Marta sintió que su corazón se oprimía. Consideró sus opciones: le daba miedo volver a decirle que no. Pero más terror le daba que entrara a su casa. Mark tenía aliento a alcohol y tabaco, estaba actuando de una forma que ella nunca lo había visto antes.

—Mark —le dijo ella, procurando que su voz no temblara—, te he dicho que estoy agotada y que no tengo ganas de hablar de trabajo. Mañana solucionaremos este problema. Solo tienes que preparado a la reunión.

Justo en el momento en que Marta notó que él apretaba sus puños, la puerta de la casa de al lado se abrió y Marcos salió.

—Marta, ¿está todo bien?

Mark dio, instintivamente, un paso hacia atrás.

—Hola Marcos, ¿te hemos molestado? —preguntó ella, respirando aliviada.

—Me ha parecido escucharte llegar.

—Mark ya se iba —dijo ella.

Mark la miró, entre serio y enojado.

Marcos pasó de las escaleras de su casa a las de Marta, se paró a su lado mientras Mark bajaba esos escalones.

—Mañana en la oficina hablamos, entonces.

—Sí, Mark. Ve con cuidado que has bebido mucho.

* * * *

Cuando Mark se hubo ido, Marcos ayudó a Marta a abrir la puerta de su casa y entró con ella.

—Supongo que él es tu ex.

—Sí, lo es. ¿Puedes creer que haya venido hasta aquí? Estamos todos atrasados por culpa de él. Supongo que pensó que sería fácil trabajar conmigo... se ha equivocado.

—¿Se han peleado?

—No. Pero hoy en la oficina le he puesto los puntos y se ve que no le ha gustado, por eso la escenita que has visto. Al menos me ha dejado el vino.

Marcos no se fue.

Él subió las escaleras con Marta, entró a la ducha con ella y luego, juntos, ambos fueron a la cama.

A las seis de la mañana sonó el despertador.

Marcos pasó su brazo por encima de Marta para apagarlo y luego quedó allí, con su brazo sobre ella, abrazándola.

Entre besos suaves, sus cuerpos cálidos saliendo del sueño.

—Buen día —le dijo ella.

No tenía ganas de salir de esa cama, de su lado. Giró para quedar de frente a él y poder abrazarlo también.

Lentamente, un beso suave detrás del otro, la intensidad fue creciendo. Marta se sentía tan relajada, pero una punzada de deseo la obligaba a apretarse contra él, para calmar esa ansiedad.

Marcos sentía lo mismo; él apuró el beso, lo volvió más profundo. Se colocó sobre ella, entre sus piernas. Empujó su entrepierna contra la de ella, lo que provocó que Marta emitiera un gemido de placer. Ella necesitaba de eso, necesitaba mucho más también. Y se lo hizo saber.

Marta bajó sus manos para acariciar el torso de Marcos, lo que provocó que él también gimiera.

Marcos se escondió debajo de las sábanas y no paró de bajar hasta llegar a las bragas de Marta. Las hizo a un lado y se hundió en su entrepierna. Marta no podía creer las sensaciones maravillosas que le causaba. Él movía su lengua, sus labios, hasta escucharla gemir con una loca.

Entonces introdujo un dedo en ella. Marta acompañaba el movimiento de la mano de él, con sus caderas, disfrutaba cada segundo de ese momento. Marcos chupaba despacito la piel sensible de los muslos de ella, mientras sus dedos trabajaban en el interior. Él sabía exactamente cuánto podía empujar, cuánto podía mover y estimular hasta que ella explotara de placer.

—Quiero hacértelo a ti también —le dijo ella.

Marta le dio un empujoncito para quitarlo de encima. Marcos, entonces, se acostó boca arriba y recibió las caderas de Marta una vez más cerca de su cara, mientras ella se acomodaba para poder meter toda su verga erecta en la boca.

Ella era la mejor dando sexo oral, él lo había comprobado ya varias veces. No era rítmica ni aburrida, por el contrario, ella alternaba su boca, con la lengua, pequeños chupones con largas lamidas, que a él parecían enloquecerlo despacio.

Y cuando sentía que tenía la pija tan dura que estaba por explotar, ella sacaba la boca y comenzaba a masturbarlo con las manos, mientras le prestaba atención a otras partes cercanas, como sus huevos o la piel sensible de las piernas.

Los dos se daban placer oral, los dos gemían a la vez por las sensaciones que el otro ocasionaba. Marta había bajado los boxers de Marcos solo lo suficiente para llegar a chupar su verga; Marcos no había sacado las bragas de Marta, solo las había movido a un costado. Él necesitaba meterla. Ella quería sentirlo duro, caliente, entrando en su vagina.

Marcos la acostó boca arriba, en un solo movimiento se colocó sobre ella, corrió sus bragas con una mano y la penetró.

Ella no paraba de gemir, sentía todo su centro caliente y los movimientos de Marcos la mojaban cada vez más. Entre besos en los labios, en las mejillas, cuello y hombros, Marta clavó sus uñas en la espalda de él. Quería que eso no terminara nunca y a la vez, estaba muy cerca de acabar.

Marcos levantó las piernas de Marta sobre sus hombros y penetró más adentro. Estaba matándola con placer. No dejó de empujar hasta que escuchó como ella se corría en su pija, que se mantenía dura a pesar de los espasmos de Marta.

Cuando estuvo pronto, la quitó y bañó el cuerpo de Marta con su semen.

Marta estuvo distraída la mitad de la mañana.

Cualquiera diría que, para esa altura, ya se habría acostumbrado al buen sexo con su vecino pero, ¿podía alguien acostumbrarse al buen sexo en algún momento? Había llegado al momento en que lo veía y sentía que sus bragas se mojaban.

Y la noche anterior, cuando acudió a su rescate, como si fuera su caballero de la brillante armadura...

Fue testigo de cómo aprontaban a la modelo, pero sabía que su cabeza estaba en otro lado. La maquilladora le hablaba, Marta respondía por inercia. Seguía sintiendo espasmos de placer cada vez que recordaba como Marcos la tocaba o la besaba.

Su cabeza se iba a su cama, a esa pija dura en su boca, ¡cómo le gustaba sentirla bien caliente alrededor de su lengua! Le daba tanto placer darle sexo oral como recibirlo.

Él no era egoísta cuando se trataba de dar placer, siempre la esperaba a que ella llegara al orgasmo primero, pero también era quién inducía a las caricias, a la estimulación más allá de la penetración. Marcos solía penetrarla mientras tocaba su clítoris y ella sentía que moriría de placer...

Volvió a concentrarse en su trabajo cuando Camilo entró al set.

—Martita, querida, ¿cómo vas?

Ella le sonrió con ganas y señaló a las luces, que aún no estaban encendidas

—La joven promesa de la fotografía ha llegado con resaca.

—No creo que dure mucho, si sigue así...

—Se apareció en mi casa anoche, borracho como una cuba. No entiendo nada. Pensé que esto era lo que él quería: su carrera, crecer, la moda. Pero está haciendo todo lo contrario.

—La que tiene el poder eres tú, Marta, si no lo quieres, puedes correrlo.

—No me gustaría cortarle las patas así. Lo único que me falta es que piense que es por venganza.

* * * *

Tres horas más tarde comenzaron con las fotos. El fotógrafo se moría del dolor de cabeza por la resaca y Camilo hacía ruidos molestos solo para incomodarlo más. Tampoco pudieron terminar con lo programado del día, porque Mark tuvo que dejar el set para poder seguir vomitando.

Marta decidió cortar por lo sano. Se paró afuera del baño de hombres y esperó hasta que él salió.

—Mark, esto no funciona.

—Marta, no molestes por favor. Va saliendo todo bien.

—¡Nada va saliendo bien! Tendríamos que estar por terminar con estas fotos para poder pasar a la siguiente escenografía. Pero no hemos llegado ni a la mitad.

—¡Déjame hacer mi trabajo en paz!

—¡No! Tu le has faltado el respeto a todo este equipo que ha trabajado muy duro para que esta campaña salga a la luz. Tu no mereces estar aquí.

—¿Vas a hacer que me corra? —preguntó con una risita burlona.

—Sabes qué, eso es una idea estupenda.

—¿A sí? —otra vez con la risa burlona— ¿Y dónde vas a conseguir otro fotógrafo de renombre con tan poco tiempo?

—¿De renombre?, ¿dónde está tu renombre? ¡Eres un piojo! Y nunca vas a crecer si no cambias estas actitudes de pendejo. Mañana ni vengas.

Marta le dio la espalda y comenzó a caminar hacia al set.

—¡Te vas a morir de hambre, Marta! ¡Sin fotógrafo no vas a tener campaña!

Marta se limitó a seguir caminando mientras escuchaba los gritos de su ex novio, al que ella, en algún momento, consideró que podía llegar a ser la siguiente sensación de la fotografía. Marta tenía todas las fichas puestas en Mark.

Confiaba en él, en su trabajo. Lo había visto borracho muchas veces, pero nunca antes de un gran trabajo. Jamás había visto ese despliegue de ego tan grande y tan poco fundado... ¿siempre había sido así y ella lo había ignorado o había cambiado en ese último tiempo?

Marta entró al set y cerró las puertas a sus espaldas.

—¿Dónde está Mark? —preguntó Camilo.

Marta comenzó a sentir lo fuerte que latía su corazón. Una tormenta estaba por caer sobre ella cuando le dijera a todo el equipo que ya no había fotógrafo

—Lo despedí.

Para su sorpresa, silbidos y aplausos se escucharon en todo el estudio.

—¡Bien, Marta! —le dijo una de las estilistas.

Ella, entonces, pudo respirar.

—Si, chicos, bien. Pero no tenemos fotógrafo.

—De todas formas —le dijo uno de los iluministas— con lo lento que íbamos ahora, no estábamos llegando a nada. Seguro para mañana consigue otro y nos ponemos a tiro.

* * * *

¡Si tan solo fuera tan fácil no hubieran contratado a Mark la primera vez!

Subió a su oficina. Sus asistentes y Camilos la ayudarían a conseguir otro fotógrafo en antes de lo que canta un gallo. Repartieron carpetas y bases de datos entre ellos para poder llamar a todos aquellos fotógrafos y asistentes que alguna vez habían trabajado para la agencia.

—¡Y no se queden ahí, chicos! Pregunten si tienen amigos, colegas, alguien. ¡Tenemos menos de 24 horas!

Camilo preparó café. Cuando la cafetera emitió un pitido para indicar que estaba pronta, él entró a la oficina para buscar a Marta. Ella le dijo que no podía ni tomarse dos minutos, que necesitaba el fotógrafo. Pero él insistió. Conocía a su amiga y sabía cuando ella necesitaba un descanso: Marta comenzaba a fruncir la nariz, levantaba los hombros y se ponía totalmente rígida.

—Sé que necesitas un fotógrafo, pero también necesitas estar lúcida. Un cafecito, un minuto, no te va a hacer mal.

Ella se dejó llevar hasta la cafetera. Estaba pronta para hablar mal de Mark, para escuchar todas las críticas que Camilo tenía para hacerle. Pero no llegaron a cruzar ni tres palabras.

—¿Marta?

Ella conocía esa voz.

Era una profunda, grave y con acento español.

Giró sobre sus talones tan rápido como pudo.

—¿Marcos?

—Hola. Los de recepción me hicieron pasar, que aún estabas trabajando —dijo él, se le notaba que estaba un poco avergonzado.

—Sí. Hoy ha sido un día muy largo.

—¿Va saliendo todo bien?

—En realidad no —dijo ella—. Despedí al fotógrafo. ¿Puedes creer que llegó con una resaca de morir?

—Después de la escenita de anoche, era de esperar...

—Y ahora andamos como locos porque tenemos que conseguir un fotógrafo para mañana. ¡Tu!

Dijo ella de pronto.

Camilo notó como Marcos se ponía rígido.

—¿Cómo dices?

—¡Tu! ¡Tu eres un fotógrafo espectacular! Me he pasado viendo álbumes de fotos que has tomado, una más increíble que la otra.

La risa nerviosa de él inundó el lugar.

—No, Marta. Saco fotos como hobby, tu necesitas un profesional.

—En este momento solo necesito un fotógrafo. Y tu eres perfecto.

—Marta, me estás poniendo nervioso. Vine porque andaba por Manhattan y quería darte un regalo, nada más.

—¿Un regalo? —preguntó Camilo, curioso.

—Bueno, sí. Tuve un rato libre al mediodía y fui hasta el MOMA.

Marcos sacó unos papeles del bolsillo de su pantalón.

—Y he comprado entradas. Has dicho cuánto quieres ir. Y creo que cuando termines con esta campaña va a ser un buen momento para que lo visites.

Las rodillas de Marta casi dejan de sostenerla.

—¿Entradas?

Camilo la empujó hacia Marcos.

—Agradécele como se debe —le dijo.

Demasiadas emociones por un día.

Malas y buenas, como la vida misma.

Con una taza de café en una mano y entradas para ir al MOMA en la otra, Marta no podía creer ese día...

Cuando superó la sorpresa por el regalo de Marcos, no dejó que él se fuera. ¡Tampoco le permitió volver a decirle que no! Ella y su equipo estaban demasiados desesperados como para dejarlo ir. Él era un fotógrafo con talento. Si no tenía los conocimientos técnicos de Mark, ya le pagaría extra a los asistentes para que le dieran una mano y la campaña brillara.

Además, Marta podía ver los titulares: “Arquitecto que ha recorrido el mundo retrata la nueva campaña de Alexandra Cho”. Marcos era, en sí mismo, una noticia.

Como el tiempo no les daba para ir a casa, descansar correctamente, y volver a primera hora de la mañana a la agencia, Marta y Marcos se quedaron en un hotel. Ella estaba tan cansada que no soportaba sus zapatos con taco ni un segundo más. Un baño de burbujas después, él, que también había trabajado todo el día, se acostó en la cama y se ofreció a hacerle masajes.

—No puedo creer que haya aceptado hacer esas fotos...

—Es una campaña muy importante —dijo ella.

—¡Justamente!

—Van a quedar bárbaras. Yo confío en ti.

Marcos la abrazó y ella acomodó su cuerpo contra el de él. Se sentía tan bien allí, tan cuidada. De a poco sentía cómo se calmaba, como la energía volvía a su cuerpo.

—A sido un día muy largo —le dijo Marta.

—Y mañana va a ser otro día largo —dijo Marcos—. Cierra los ojos y descansa.

* * * *

Marcos llegó al set, preguntó quiénes eran los miembros de su equipo y todos (absolutamente todos) se acercaron a él.

—Estamos todos en esta —le dijo una de las maquilladoras.

—Bueno. Antes que nada, me gustaría dejar en claro que, si bien he sacado muchas fotos en muchos países diferentes, nunca lo hice de modo profesional. No tengo idea cómo se llaman las luces ni de qué forma pedir un plano. Pero Marta ha confiado en mí y ella es muy buena en su trabajo, así que confío que entre todos vamos a poder hacer un trabajo magnífico.

Los que se veían menos convencidos eran los iluminadores y asistentes de cámara. Al menos, se dijeron entre ellos, el hombre era lo suficientemente sincero como para admitir que no sabía mucho... era más de lo que Mark había hecho.

* * * *

Armaron el set del Big Ben. Mientras tanto, Marcos estudiaba los planos de los bocetos. Miró el estudio, conversó con los asistentes para ver de qué forma llevarlos a cabo y luego, entre ellos, cambiaron el plano por completo.

La estilista que había comenzado con los aplausos el día anterior, cuando Marta dijo que había despedido a Mark, se acercó a ella:

—Marta, felicitaciones. Nunca dudé, ni por un instante, que pudieras llevar adelante este proyecto. Pero con Marcos te has pasado. Un éxito. Te aplaudo de pie —le dijo mientras hacía la mímica de aplaudir.

Marta le agradeció. Se conocían desde hacía años y siempre habían tenido buena química.

Sacar adelante esas fotos fue tan estresante como divertido. Marta sentía que brillaba como sus modelos con cada golpe del flash. ¡Estaba segura que esa campaña causaría sensación!

Cuando terminaron todas las tomas, Marta les concedió un día libre a todo el equipo, habían hecho un gran trabajo y se lo merecían. Ya trabajaría doble el equipo de edición y ventas para terminar todo el proceso a tiempo.

Ella se despezó lentamente en su cama. Al girarse al costado para abrazar a Marcos, en su lugar había solo sábanas revueltas. Se sentó de golpe, no podía escabullirse en medio de la noche, él no era de ese estilo... si bien no hacía tanto tiempo que se conocían, había aprendido mucho sobre el carácter de Marcos y, definitivamente, él no era de los que desaparecía. Así que se quedó quietita, para escuchar con atención... hasta que sintió ruidos en que venían de abajo, ¿de la cocina?

Se puso la remera de él y bajó las escaleras sin mucha prisa.

Marcos estaba preparando el desayuno, su mirada fue un poco de desilusión al verla entrar a la cocina:

—Buen día— le dijo—. Me arruinaste la sorpresa: te quería llevar el desayuno a la cama.

Marta corrió hacia él para abrazarlo y le dio un gran beso.

—Lo que cuenta es la intención—le dijo, con una gran sonrisa.

Luego de comer los huevos revueltos, los frijoles dulces y el café, salieron despacio para aprovechar esas entradas y visitar el MOMA.

Marta no podía creer su vida. Hacía no tanto tiempo atrás estaba destrozada por una ruptura amorosa, convencida de que nunca, jamás volvería a encontrar el amor. ¡Que no era digna de ser querida!

Y allí estaba en ese momento, caminando rumbo a uno de los más maravillosos museos del mundo, al lado de un hombre que se preocupaba por ella, que la apreciaba y la admiraba, que la acompañaba.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) enlace o foto de la review, y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo — Laura Lago

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

Esclava Marcada — Alba Duro

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y
Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

Sumisión Total — Alba Duro

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y

relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he

dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me

salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en

aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.